



THOMAS MONTASSER

Una librería con magia

Un maravilloso viaje al fascinante mundo de los libros



Lectulandia

Para la gente sin imaginación, una librería es un lugar donde se venden libros, y un librero, tan solo la persona encargada de venderlos.

Eso es lo que piensa Valerie, una ambiciosa estudiante de económicas, cuando entra en la librería un tanto anticuada de su tía, que ha desaparecido dejando solamente una nota en la que nombra a la joven responsable de su negocio.

Valerie se propone ordenar el caos reinante lo más rápidamente posible y liquidar las existencias. Sin embargo, está claro que ha subestimado el poder de los libros y la magia de la pequeña librería y de su samovar.

Tras pasar una tarde de lluvia atrapada entre las páginas de El castillo de Kafka, empieza a darse cuenta no solo del poder de los libros para expandir la mente y reconfortar el alma, sino también de que su tía era una librera extraordinaria que sabía encontrar al lector perfecto para cada libro y localizar cada título en el aparente desorden de su tienda.

Lectulandia

Thomas Montasser

Una librería con magia

Un maravilloso viaje al fascinante mundo de los libros

ePub r1.0

Titivillus 25.06.2016

Título original: *Ein ganz Besonderes Jahr*
Thomas Montasser, 2014
Traducción: María Dolores Ábalos
Ilustraciones: Sandra Dios (portada)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mariam,
musa de mis ensoñaciones

«Como verás, la realidad no puede
hacer frente a la literatura».

LA MADRE DE VALERIE

«Un libro es mucho más
que la suma de sus letras».

NOÉ

Uno

Si alguien hubiera mirado por la ventana, no habría visto nada más que la espalda encorvada de una señora mayor vestida con gran esmero, cuyo moño blanco como la nieve y un poco deshecho se balanceaba sobre la caja registradora envuelto en la indulgente luz de una tenue lámpara de techo. Si acaso, habría observado cómo la mujer trazaba una enérgica raya debajo de una lista que había anotado en un antiquísimo cuaderno de contabilidad. Luego, la anciana cerró el cuaderno con el mismo brío con el que abrió el bolso de mano que estaba al lado, extrajo de él un monedero del que a su vez sacó un billete de un valor más bien escaso y lo depositó en la caja. El observador habría visto que su estrecha mano salpicada de las manchas propias de la edad, pero por lo demás aristocráticamente pálida, cerraba a continuación la caja registradora y luego la rozaba de nuevo —como quien da un golpecito en el hombro a un viejo amigo para consolarlo—, para levantarse al fin, recorrer las estanterías que llegaban hasta el techo, contemplarlas y susurrarles algo y, por último, apagar la luz y salir de la pequeña tienda por la puerta de atrás. De este modo, nuestro observador se habría convertido en testigo de ese suceso que se puede resumir en cuatro palabras: la desaparición de Charlotte.

Ahora bien, no hace falta tener una especial clarividencia para reconocer que tal observador no existía. En esa —significativa, como veremos más adelante— noche de invierno no había ningún transeúnte que echara un vistazo por la ventana o, digamos más bien, por el escaparate. En otras palabras, era una noche completamente normal, en modo alguno inusual, una noche como cualquier otra. Pero eso no había que atribuirlo a la falta de gente deambulando por la zona. Al contrario, la pequeña tienda de la anciana se hallaba, si bien algo retirada, a un tiro de piedra del centro, como suele decirse. Una *boutique* del pan habría hecho seguramente un buen negocio, y también una licorería... por no hablar de una pequeña sala de *fitness*. En ese sentido, la anciana, a la que podría haber visto al principio nuestro inexistente observador, lo tenía más difícil. Mucho más difícil. Porque como es sabido, la clientela de paso es una especie rara, caprichosa, obstinada e imprevisible, pero sobre todo se caracteriza por estar ausente cuando se la necesita. Aunque, en honor a la verdad, hemos de mencionar que el ramo concreto del comercio de la anciana no depende en modo alguno solo de la clientela de paso, sino en mayor medida de la clientela fija. Pues en este tipo de negocio no se ofrece género de batalla para un rápido consumo, ni tampoco efímeras beldades que enseguida se marchitan, sino algo esencialmente más sustancial o, digámoslo así, más trascendente. Aquí se trata, en más de un sentido, del ser o no ser. De ahí que la desaparición de Charlotte pueda también considerarse con razón como un acontecimiento cultural... aunque desde luego nada agradable. Pero de eso hablaremos más adelante.

Aún tendría que pasar un tiempo hasta que la puerta de la pequeña tienda se

abriera de nuevo. Aunque en unas circunstancias completamente distintas.

Dos

La pintura tenía ya algunos desconchones y el cristal de la puerta presentaba una grieta en una esquina. Valerie meneó la cabeza. Cuando por fin logró abrir aquella especie de castillo antiguo —la puerta estaba ya un poco oxidada y no encajaba bien por arriba—, le vino el olor del aire enrarecido por las semanas de cierre. Dejó la puerta abierta y lo primero que hizo fue ir al fondo del todo, al despacho, y abrir allí también una ventana. Por suerte, era un cálido día de primavera.

Valerie dejó caer el bolso desde el hombro hasta el suelo e intentó no desesperarse tan pronto. ¡Santo cielo!, ¿por dónde empezar? La tienda era como un vestido que la anciana se hubiera confeccionado a su medida. A ella seguro que le sentaba bien. Pero a la joven le resultaba incómodo y nada práctico. Lentamente, tomó asiento en el raído sillón que la tía Charlotte había colocado junto a la ventana para tener más luz.

—¿En qué lío me habré metido? —suspiró Valerie.

Sobre una mesita auxiliar había una pila de tarjetas de visita con el nombre de la tienda escrito en letras de caligrafía. Valerie tomó una de ellas y notó que irradiaba una peculiar fascinación. La superficie parecía de terciopelo y las letras estaban estampadas en un color rojo oscuro. Valerie no pudo reprimir una sonrisa.

—Ringelnatz & Co. —dijo en voz baja.

En parte le hacía gracia y, en parte, le resultaba patético. Saltaba a la vista que la tía Charlotte había querido emular la librería parisina Shakespeare and Company que tanto admiraba. Ya puestos, ¿por qué no habría llamado a su tienda directamente Goethe & Co.? Valerie se sentía incapaz de resolver el enigma. Pero quizá no tuviera ninguna explicación. Tal vez se debiera sencillamente a que la tía Charlotte era de otra época.

¿Cuánto tiempo hacía que Valerie no pisaba la librería? Años. Varios años. Desde la muerte de su madre, había dejado de frecuentar a su tía, con la que su padre nunca se había llevado demasiado bien. Como catedrático de economía, siempre acababa sacando temas financieros en las conversaciones. Y entonces la tía Charlotte le crispaba los nervios.

—Sencillamente no eres una mujer de negocios, Charlotte. ¡A ver si te entra de una vez en la cabeza! —le gritaba en todas y cada una de las conversaciones que tenían.

Después le daba la espalda y movía la cabeza con gesto de resignación. Nunca encontraron un tema de conversación del que pudieran participar los dos.

Y ahora era precisamente Valerie la que debía liquidar la vieja librería, donde tan a menudo y tan a gusto había estado de niña, aunque luego le pareciera un tanto extraña y anticuada. La casualidad había querido que ella fuera el pariente más próximo de la anciana y que, gracias a su título recién sacado de economía

empresarial, dispusiera también de los necesarios conocimientos. Solo que en realidad tenía otros planes para cuando terminara la carrera. Quería dedicar cuatro semestres a hacer un máster y, al mismo tiempo, adquirir cierta experiencia profesional trabajando media jornada y prepararse como consultora para Escandinavia y las economías emergentes de los países bálticos. Mientras seguía sentada en la vieja librería de la tía Charlotte, fuera le esperaba la respuesta de docenas de solicitudes que había enviado a empresas punteras: servicios de asesoramiento empresarial, sociedades de auditorías, agencias de *marketing* y departamentos de estudios. Ahí es donde quería llegar: al meollo de los acontecimientos, donde palpitaba el *business*, donde chisporroteaba el ingenio y se inventaba el futuro. Sin embargo, había ido a parar entre papeles viejos y no podía ni imaginarse lo que le esperaba en los libros de contabilidad de su tía. Pero de eso solo adquirió conciencia cuando ya estaba metida hasta el cuello en esta historia. O incluso más tarde.

Todo este asunto era mucho más complicado todavía porque la tía Charlotte, aunque había desaparecido, no estaba registrada como fallecida. Sencillamente no la habían encontrado por ninguna parte. Tan pocos indicios había de que se hubiera marchado voluntariamente como de que se hubiera ido involuntariamente a algún sitio... aunque fuera al más allá. Pero como es natural, nadie se hacía ilusiones, y menos Valerie. Siempre le había caído bien su tía Charlotte, y le atormentaba que la anciana —para entonces estaría cerca de los ochenta años— se hubiera despedido tan misteriosamente de la vida. Nadie la había vuelto a ver. Simplemente, había abandonado su existencia, tan apacible como extravagante. Y la nota que habían encontrado encima de la mesa de su cocina ni siquiera servía como testamento oficial porque le faltaba la firma; además, bien mirado, lo que importaba no era la posesión de los bienes relictos, sino únicamente su paradero. La nota decía: «Que mi sobrina Valerie se ocupe de todo». Nada más.

Daba la impresión de que la tienda no había cambiado nada desde la época de su fundación; es decir, desde finales de la década de 1950. Desde luego, las estanterías contenían otras lecturas, y el samovar —casualmente eso lo sabía Valerie con exactitud— había sido añadido en los años noventa, después de un viaje de su tía a la Rusia liberada del comunismo, el país de Dostoievski, Tolstói y Pushkin, la tierra añorada por Charlotte hasta que hizo ese viaje y volvió algo desencantada. En aquella época, la madre de Valerie le había dicho: «Como verás, la realidad no puede hacer frente a la literatura». (Pero por lo demás: viejas estanterías de madera que llegaban hasta el techo y que necesitaban desde hacía tiempo una mano de barniz, suelo de tarima desgastado, tres lámparas con unas anticuadas pantallas verdes sobre tambaleantes mesitas auxiliares, y unas pesadas cortinas de terciopelo con volantes y

con los bordes recamados de oro, que separaban el escaparate del resto del espacio y que, probablemente, en otro tiempo habían sido un telón teatral de alguna época anterior a la guerra).

Los años de la posguerra en los que la tía Charlotte había abierto la librería no eran malos para ganar dinero con la letra impresa; al fin y al cabo, la gente estaba intelectualmente hambrienta y anhelaba buenas historias y sabios pensamientos. En principio, una idea comercialmente acertada, pensó Valerie, para aquella época. Solo que la anciana no supo adaptarse a los tiempos, en todos esos años no había cambiado nada esencial. Naturalmente, había sido arrollada por la profesionalidad de los modernos conceptos comerciales y por el *glamour* de los nuevos medios de comunicación. ¿Quién, si se puede saber, leía hoy un libro en serio?

Sobre la puerta de entrada colgaba un reloj, y a Valerie le extrañó sinceramente que no estuviera parado, tratándose de un lugar en el que el tiempo llevaba muchos años detenido. Las once menos cuarto. Y ningún cliente a la vista.

—Ringelnatz & Co. —repitió Valerie con un suspiro.

Luego se dirigió hacia la pequeña trastienda, a la que se accedía por dos escalones y que también estaba separada del espacio de venta por una cortina de volantes, posiblemente confeccionada con lo que había sobrado del gran telón de teatro que enmarcaba el escaparate. La caja registradora parecía sacada de una película de los años treinta; grande y negra, aunque alentadoramente brillantada, se asentaba sobre el escritorio. Pero naturalmente estaba vacía. O mejor dicho, casi vacía. En el cajón había diez céntimos y, al lado, varias monedas sin clasificar que en total sumaban más o menos la misma cantidad. A mano derecha, encima de la mesa, había una caja que a Valerie le recordó al fichero de la parte antigua de la biblioteca de la universidad; a la izquierda vio un cuaderno de contabilidad manoseado que, nada más hojearlo, se reveló como libro de caja.

—¡Ajá! —murmuró Valerie—. Después de todo, sí llevabas la contabilidad.

De pronto, abrigó una pizca de esperanza: a lo mejor la cosa no era tan grave como parecía. Pero al cabo de dos minutos, la esperanza se desvaneció y se convirtió en una vana ilusión.

—Bueno, esto no puede ser —constató Valerie.

A continuación, decidió cobrar fuerzas con un café, pero enseguida cambió de idea al comprobar que en el reino de la tía Charlotte evidentemente no tenía cabida el café. Optó por hacerse un té, para lo cual puso en funcionamiento el samovar con cierta torpeza.

Un samovar consta de un infiernillo bastante grande sobre el que se posa una pequeña tetera que se llena de hojas de té sobre las que luego se vierte el agua hirviendo que sale de un grifo de la parte inferior. Después, la tetera se vuelve a colocar en su sitio hasta que el té repose y esté suficientemente cargado como para servirlo en dosis más o menos homeopáticas en una taza; luego se va añadiendo a la taza más agua hirviendo hasta obtener la mezcla deseada. Todo esto dura

aproximadamente lo que parece, por lo que Valerie pasó más tiempo de lo previsto esperando. Así que alcanzó un libro de la estantería al azar y se sentó otra vez en el viejo sillón de lectura de la tía Charlotte, para hojearlo un poco.

El primer capítulo empezaba con una llegada, como tantos otros libros y como la propia historia de Valerie, al menos en lo que se refería a la pequeña librería de su anciana tía. De todos modos, en el libro la llegada se producía a una hora más tardía o, para ser exactos: «Era última hora de la tarde cuando llegó K. El pueblo se hallaba sepultado por la nieve. No se veía la montaña del castillo. Era tal la niebla y la oscuridad que lo rodeaban, que ni siquiera un tenue resplandor de luz insinuaba el gran castillo. K. se detuvo un rato largo en el puente de madera que llevaba desde la carretera hasta el pueblo y se quedó contemplando el aparente vacío de allá arriba...».

Un buen samovar posee un mecanismo por el cual el infiernillo se apaga por sí solo cuando lleva demasiado tiempo encendido, aunque conviene saber que los samovares están pensados para que el agua permanezca mucho tiempo en ebullición. El ejemplar de Charlotte podría haber tenido también ese mecanismo. Pero procedía de la Rusia postsoviética, una época en la que ya no había que temer el poder del aparato político y aún no había que temer el poder de los clientes. Así que el agua siguió hirviendo e hirviendo sin cesar hasta que a Valerie le cayó sobre el regazo un papelillo de la página 248 y alzó la vista extrañada.

Fuera había empezado a anochecer. Hacía tiempo que el suave soplo primaveral se había convertido en una corriente de aire traicionera que ya se le había agarrado a Valerie a la nariz. Así fue pasando el día mientras el té seguía en su tetera y el resfriado iba en aumento; por primera vez, Valerie se leyó una novela de Franz Kafka, esperando página por página a que por fin empezara a aburrirle, cosa que para su extrañeza no ocurrió.

El susodicho papelillo resultó ser un boletín de pedido en el que la tía Charlotte había anotado con una precisión extremada el número de ejemplares que había vendido de ese libro. Eran muchos. Tantos, que la hoja estaba casi enteramente repleta, por delante y por detrás, de rayas muy juntas, y si no hubiera estado anotada la fecha del primer pedido, Valerie lo habría tomado por un auténtico *best seller*: 12-X-1959.

—Más bien parece un *longseller*, un clásico —constató.

Volvió a meter la hoja de pedido en el libro, lo cerró y lo dejó a un lado. Ahora le sentaría bien una taza de té hirviendo. Cerró la puerta, eligió uno de los vasos desportillados del armario que había encima del fregadero —ambas cosas alojadas en un nicho del despacho e invisibles desde la tienda—, se sirvió un dedo de té marrón oscuro y lo llenó del agua que hervía en el infiernillo. Luego se sentó de nuevo junto al escritorio, sacó una hoja de papel y empezó a hacer anotaciones.

La economía empresarial puede ser calificada como una ciencia tan útil como imprecisa. A una mujer joven que esté flotando por encima de las cosas sin duda le proporciona cierto contacto con la realidad y, en caso de que no la tenga por naturaleza, también la necesaria conciencia de sí misma como para considerar que se pueden resolver hasta las tareas más irresolubles, como por ejemplo, llevar, rescatar o incluso liquidar una pequeña librería que se ha quedado sin dueña y, desde luego, sin clientela. Por eso no debe extrañarnos que al final de una larga noche hubiera junto a la caja registradora una lista de cuarenta y ocho medidas encabezadas con el curioso título de «Primeros pasos: medidas a corto plazo», entre las que figuraban palabras tan significativas como: control de caja, cita con el banco, inventario, comprobar gestión de mercancías, examinar suministros y servicios, revisar liquidez, deudas, ¿asesor fiscal?, ¿línea de crédito?, ¿balance de sumas y saldos?

A estas alturas de nuestra historia, ya va siendo hora de acabar con un prejuicio muy extendido. Las mujeres de unos veinticinco años, instruidas e incluso con gafas —hay que decir que Valerie llevaba lentes de contacto, al menos ese día— no tienen por qué ser forzosamente románticas. Al contrario, a menudo tienden a una acusada sensatez cuyo origen y finalidad son muy difusos. Y quien hubiera visto al joven que llamó a la puerta hacia las nueve, no habría tenido más remedio que adherirse a esta opinión. Valerie abrió la puerta y acercó la mejilla a Sven mientras echaba un vistazo al cielo, preguntándose cuánto faltaría para que empezara a llover.

Sven, que había comenzado recientemente a trabajar como aprendiz en servicios de asesoramiento empresarial, lanzó una mirada a la tienda, puso los ojos en blanco y dijo a modo de saludo:

—No quiero ni imaginar el monto de las existencias que tendrás que devolver.

—Buena observación —respondió Valerie, y volvió corriendo al escritorio para anotar enseguida: «Valoración de las existencias».

De hecho, las estanterías estaban abarrotadas de madera muerta. Entonces cayó en la cuenta de que los libreros supuestamente tenían derecho a devolver los libros enviados por las editoriales, a «hacer devoluciones», como suele decirse. De modo que añadió otro punto: «¿Devolución? ¿Restitución / compensación?».

—¿Has terminado? —quiso saber Sven, mientras se acercaba al escritorio y lo inspeccionaba.

Valerie alzó la vista hacia él y comprobó que de nuevo intentaba dejarse crecer esa ridícula barba de tres días. El primer día solo había conseguido una sucia coloración en los mofletes. Al saludarlo con un besito, Valerie había notado que ya raspaba. Mañana resultaría aún más desagradable y pasado mañana estaría horroroso.

—Deberías afeitarte.

—Mmm.

—Enseguida acabo. Déjame comprobar que lo he dejado todo bien.

La ronda de inspección duró exactamente treinta segundos. La tienda apenas tenía cuarenta metros cuadrados; la cocina, que al mismo tiempo era despacho, tendría unos diez, o más bien ocho: no había, por tanto, mucho terreno que patrullar. Valerie agarró el bolso, donde en el último momento metió a Kafka, empujó a Sven para que saliera de la tienda y cerró la puerta tras ella, sin darse cuenta de la sombra que pasó velozmente junto a sus pies.

Tres

Quienquiera que haya declarado mayo como el mes más delicioso del año, habrá vivido en Isla Mauricio. O en Hawái. En tierras centroeuropeas no se percibe demasiado esa delicia. El catarro incipiente de Valerie había evolucionado durante la noche hacia una auténtica infección. Desde el día anterior, el cielo parecía anunciar el fin del mundo. Con los dedos tiesos por el frío, Valerie tanteó la cerradura con la llave, echó pestes porque la puerta no abría bien, se abalanzó contra ella con tal fuerza que a punto estuvo de caer estrepitosamente al suelo y, cuando al fin logró tener un techo sobre la cabeza, se sintió aliviada. Dejó el paraguas chorreando en un rincón y se refugió en el aseo; en el espejo diminuto que había encima del pequeño lavabo vio a una extraña agotada. Se acordó del samovar, agradecida de que la tía Charlotte hubiera sido una persona tan chapada a la antigua. Qué bien le vendría ahora. Rápidamente llenó el recipiente para hervir el agua, echó un puñado de té en la tetera y se desenrolló la bufanda para ponerla a secar en el respaldo de la silla.

Ringelnatz & Co. había sido en otro tiempo una de las direcciones más prestigiosas del barrio. Fundada tras los años más tenebrosos, la librería fue desde el principio un faro de la cultura y del espíritu, y lo siguió siendo durante muchos años; además, la joven y entusiasta librera, con su ingenio y su alegría de vivir, había inducido a la lectura a más de un joven. Pero con el tiempo las cosas cambiaron y el barrio se transformó. De las dos opciones —rehabilitación de lujo y aburguesamiento o decadencia y descenso social— el barrio en el que se hallaba Ringelnatz & Co. tuvo que escoger la última. A eso se añadía que ambas iban cumpliendo unos años: la librera y su tienda. Es cierto que hubo una etapa en la que, por su mera existencia, se las miraba a ambas con simpatía, y sus libros incluso cosechaban reseñas favorables en los periódicos locales. Pero los lectores no se dejaban convencer, y menos aún los nuevos. Los viejos clientes, los que llevaban años o décadas yendo a la librería, a veces se acordaban de ella y hasta se pasaban por allí de cuando en cuando. Luego se ponían a hablar de los viejos buenos tiempos, se lamentaban del desinterés que mostraba la juventud por los libros, compraban algún librito de la editorial Insel con poemas de Hesse («En su día me gustó tanto, que quiero regalárselo a mi nieta»). Y volvían a desaparecer de la vida de la librera.

De todos modos, hay que reconocer que la librería —si se prescindía de cierta decadencia encantadora— seguía siendo una joya, y no solo por las recias estanterías de madera de nogal que llegaban hasta el techo, ni por la suntuosa cortina o la crujiente pero preciosa tarima que, recién encerada, recordaba un poco a la pulida tablazón de un velero de lujo... No, sobre todo por un surtido de libros tan sabia y esmeradamente escogidos como amorosamente cuidados.

En realidad, la intención de Valerie era haber completado en casa la lista de todo lo que tenía que hacer. Pero al final había terminado de leer a Kafka y luego se había

quedado dormida en el sofá. Ahora dejó el libro en una banqueta que seguramente utilizaba la anciana para alcanzar libros de las baldas más altas de las estanterías. Pensó que ya no podría venderlo porque se notaba que había sido leído. Pero por otra parte, ¿no había descubierto Valerie el día anterior, al hacer la inspección de la tienda, un rincón con libros de segunda mano? En efecto, cuando volvió a mirar con más detenimiento, comprobó que una parte de la tienda, la más alejada de la puerta (lo que en un local tan pequeño tampoco significaba gran cosa), estaba dedicada a libros usados. O más bien habría que decir: a libros muy usados. Había mucho libro encuadernado en piel con el lomo dorado, algunos de ellos empaldecidos por la luz de los años y otros completamente deslustrados. Pero todos los libros que la tía Charlotte había reunido en esos dos estantes habían sido tratados con especial mimo. Valerie escogió un volumen, que evidentemente había sido reencuadernado en algún momento, y lo abrió; parecía una compilación de cuentos, pero en realidad era una novela:

«Te dispones a leer la nueva novela de Italo Calvino *Si una noche de invierno un viajero*. Relájate. Concéntrate. Aparta de ti cualquier otro pensamiento. Deja que tu entorno se desvanezca en la incertidumbre. Más vale que cierres la puerta; fuera está siempre puesta la televisión. Diles a todos: “¡No, no quiero ver la tele!”. Alza la voz; de lo contrario, no te oirán: “¡Estoy leyendo!” “¡No quiero que me molesten!”. A lo mejor no te han oído, con todo ese follón; dilo más alto, grita: “¡Estoy empezando a leer la nueva novela de Italo Calvino!”. O no lo digas si no quieres; esperemos que te dejen en paz».

Valerie no pudo por menos que sonreír. Nunca había leído un libro que empezara así. «Búscate la postura más cómoda: sentado, estirado, en cuclillas o tumbado. Boca arriba, de lado, boca abajo. En el sillón, en el sofá, en la mecedora...».

Parecía todo un enorme sinsentido, una tontería de lo más absurda, pero al mismo tiempo era divertido leer esos cuentos tan sorprendentes como enrevesados, a partir de los cuales surgía una novela rarísima que llevaba a Valerie a través de los tiempos y de los países como si fuera montada en un tiiovivo literario y respondón, al que le importaban un bledo las convenciones y que en cada página se hacía descaradamente cómplice de la lectora.

Una vez más, nuestra protagonista pasó varias horas entretenida con la lectura en el sillón de la anciana librera, mientras a su lado no paraba de hervir el samovar, que al menos desprendía un calorcito muy agradable. Aún no había bebido nada; ni siquiera se había servido una sola taza. Pero no le importaba. Al contrario, notaba lo bien que le sentaba leer cada cuento por el mero placer de leerlo. Y para su desconcierto, descubrió que disfrutaba siguiendo a este curioso autor por el ingenioso laberinto de su narrativa finamente cincelada. No lo había vuelto a hacer desde la época del colegio, y por aquel entonces le parecía una especie de tortura mental especialmente penosa. Aún recordaba vagamente las cosas tan raras que había tenido que aprender: quiasmos y tropos, pleonasmos, metáforas, elipsis y toda clase de

neblinas conceptuales tras las cuales, supuestamente, se ocultaba el acceso a la letra escrita. En estos cuentos, en cambio, no pasaba nada de eso. Al contrario: cuanto más pensaba Valerie en el lenguaje juguetón del autor y más se adentraba en los sorprendentes giros y locuciones del tal Italo Calvino, más se divertía y más curiosidad le entraba.

O, por decirlo en palabras del propio Calvino: «Si lo piensas bien, es mejor para ti tener algo delante y no saber exactamente qué es».

Ringelnatz & Co. ha de imaginarse como una tienda que, según los parámetros actuales, no sería rentable. Muy poca superficie. Un negocio tan pequeño sería muy excepcionalmente rentable si comerciara con artículos pertenecientes a un segmento de alta gama, como, por ejemplo, joyas y relojes caros, quizá también cosméticos de lujo, y siempre que contara una clientela fija sólida y pudiente. Una librería, sin embargo, difícilmente puede sustraerse al dictado de las masas. Y por muy optimistas que seamos (que naturalmente lo somos), Ringelnatz & Co. era, incluso dentro de las librerías pequeñas, una librería pequeñísima. Un local de venta en un bajo, perpendicular a la calle, representado por un «gran» escaparate que estaba dividido en dos por una puerta de cristal. Dentro, a ambos lados, así como al fondo a la izquierda, estanterías que llegaban hasta el techo repletas de libros apretujados; al fondo a la derecha, una pequeña escalera de dos peldaños que daba a la cocinita. Allí, dos puertas estrechas, una de las cuales llevaba al aseo y la otra a un patio interior donde, desde hacía mucho tiempo, no se producía ningún intercambio social. Todo esto en apenas cincuenta metros cuadrados.

Pero pese a la estrechez del local, la antigua librera había logrado trabajar con un surtido muy amplio. Es cierto que a los libros les faltaba espacio para reclamar la atención; tan solo unos pocos podían mirar al cliente a la cara. A cambio, resultaba difícil imaginar a un aficionado a la lectura que no encontrara en esta cámara del tesoro el libro que realmente colmara sus deseos. Ningún amante de los relatos románticos, ningún lector de ensayos históricos, ninguna aficionada a la lírica... ¡Sobre todo la lírica! Valerie comprobó enseguida que la tía Charlotte tenía debilidad por la poesía. Tanto entre los libros nuevos como entre los de segunda mano, la lírica ocupaba un lugar muy importante. No faltaba nada: ni los versos de rigurosa rima, y a veces un tanto extraños de Andreas Gryphius, ni las canciones tan ágiles como profundas de Heinrich Heine, ni la elegíaca sensualidad de Rilke, ni tampoco la brutal sinceridad de Trakl o la apasionada sutileza de Neruda. Literatura moderna, obras cómicas, lecturas un tanto sesudas... Pero sobre todo, libros humorísticos; la anterior librera parecía haber tenido una especial predilección por ellos.

Y a decir verdad, después del libro de Italo Calvino y de dos volúmenes de Robert Gernhardt, Valerie se encontraba mucho mejor. ¿La literatura como terapia? ¡Nunca

lo hubiera imaginado! Y sin embargo, la joven intuyó que sus pequeñas incursiones en el humor le habían ayudado a superar la infección, cuando al cabo de dos días recuperó el ánimo y ya no le costaba ningún esfuerzo entregarse a la tarea que tenía por delante.

Cuatro

Puede sorprender, pero a veces ocurre que lo más visible es lo último que se ve. Valerie había pasado ya más de dos días enteros en la vieja librería, cuando por fin cayó en la cuenta de que allí donde debería haber una cosa, no había nada. Pues sí; tanto le llamó de repente la atención, que a punto estuvo de proferir un gritito cuando lo descubrió. O mejor dicho, cuando no lo descubrió. Pero luego, de pronto, vio con toda claridad lo que hasta entonces había estado oculto por una densa neblina: no había ordenador. Sin ordenador no podía haber un sistema de gestión de mercancías razonable. Y donde faltaba un sistema de gestión de mercancías razonable, tampoco podía haber un sistema razonable; es más, casi se podía decir que no había ningún sistema.

Aunque eso no era del todo cierto. Porque la tía Charlotte sí tenía un sistema. Valerie tardó algo más de dos días en vislumbrar ese sistema en su conjunto. Hasta entonces se vio trasladada a una época predigital que, en su caso —no en vano pertenecía a la generación de los denominados «nativos digitales»—, también podría haber sido calificada de era prenatal. En cualquier caso, esa situación le hizo sentirse un tanto desamparada.

Dio media vuelta y, desde el pequeño despacho, contempló el espacio de venta. Y allí estaban. Todos. Miles de ellos, sin un archivo de datos que les proporcionara cierto orden, que los clasificara, los gobernara y los domara. Ellos le devolvieron la mirada y a Valerie le dio la impresión de que se reían de ella. Libros. Montañas de libros. ¿Habría sabido la anciana, de cada uno de los ejemplares, si lo tenía en *stock*, o si debía encargarlo, o incluso si lo había reservado? ¿Recordaría si estaba disponible o agotado? ¿Sabría qué edición tenía de cada libro y si existía alguna otra?

—Dios mío —susurró Valerie.

Bajó los dos escalones que daban al local de la tienda y se dispuso a recorrer las estanterías para volver a mirar todas las obras con otros ojos. Imaginó que en una granja quizá se pudiera pasar sin ordenador; tal vez también en una frutería, donde al fin y al cabo únicamente se ofrece un par de docenas de artículos diferentes, que además son perecederos y fáciles de recordar porque solo se vende hasta última hora de la tarde lo que se ha comprado esa misma mañana en el mercado. Pero los libros... Suelen ser miles... ¿Qué digo? Millones de libros diferentes que a menudo llevan semanas y meses o incluso años en la tienda hasta que al fin se venden. No, para los libros tenía que haber un sistema. Quizá fuera un sistema antediluviano, pero tenía que haber alguno que funcionara de una u otra manera.

¡Claro que había un sistema! Guardaba relación con fichas y catálogos, así como con una serie de archivadores que la anciana había ido creando en el transcurso de los años y que la sobrina, hasta este momento, sencillamente no había visto, del mismo modo que no se ve una señal de tráfico antigua, que lleva años en desuso pero sigue

ocupando el borde de la calzada, aunque la tengas delante de las narices.

Las fichas estaban guardadas en casilleros dentro de los dos cajones superiores del escritorio. En ellas aparecían registrados en una letra tan elegante como meticulosa el autor, el título, la editorial, la edición, el precio y el número del pedido, así como otros detalles algo ininteligibles. Pero sobre todo, la anciana —en letra diminuta pero clarísima— había hecho anotaciones sobre las distintas obras: comentarios, como reconoció Valerie, con los que resumía en pocas palabras la particularidad de un libro. Llevada por la curiosidad, miró la ficha de Calvino, *Italo: Si una noche de invierno un viajero* y leyó: «Un poco frívolo, algo exagerado, pero maravillosamente irónico... Para todos los que no se toman la vida muy en serio».

¿Podría expresarse de un modo más bello? Ese era exactamente el quid de tan curioso librito. ¿Y *El castillo*, de Kafka? Para decepción de Valerie, su tía no había hecho ninguna anotación al respecto. Una rápida hojeada a las otras fichas reveló que aquella era la única excepción. ¿Por qué? Tal vez hubiera libros de lectura tan necesaria que no requerían ningún comentario para su venta. Y quizá *El castillo* fuera uno de ellos.

Poco a poco, Valerie fue revisando todos los archivos de la anciana y comprobó que había una serie de obras que estaban clasificadas sin anotaciones. Por ejemplo, *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, o *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens. Entre ellos figuraban también libros infantiles ¡y no pocos! Detrás del título de *Las Islas Felices detrás del viento*, la tía Charlotte únicamente había puesto un signo de exclamación. Cuando Valerie fue a buscarlo, vio que tenía un subtítulo larguísimo y muy gracioso que decía: *El maravilloso viaje del capitán Davorin Mid Rankovich y sus pasajeros a la Isla de la Miel, a la Isla de la Paz, a la Isla del Juego, a la Isla de las Torres, a la Isla en la que Crecen los Violines, a la Isla de los Pinceles, a la Isla del Bizcocho Bundt y a la Isla de la Pura Verdad, contado por él mismo y anotado por James Krüss para todos aquellos que son felices o quieran serlo.*

Y como es natural, Valerie no pudo resistirse a leer varios párrafos de este libro mágico, que efectivamente la animó a seguir trabajando. Ya era la última hora de la tarde cuando finalmente dio con una obra cuyo prometedor título rezaba así:

Una librería con magia

de...

Llevada por la curiosidad, Valerie escogió también este libro de la estantería —estaba entre *Otro Martini y acabo debajo de mi anfitrión*, de Dorothy Parker, y *El libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa— y se sentó a leerlo en el sillón de lectura, que entretanto ya había adquirido el olor de su perfume (y el de una pomada de eucaliptus). En la tapa venía reproducido un billete: un pasaje de barco antiguo y tentador. Y cuando abrió el libro, fue como si el texto la engullera de inmediato, pues al momento quedó atrapada por una historia.

Nada había anunciado el cambio brusco de temperatura. Todo empezó con una leve brisa. La elegante silueta de una mujer de edad indeterminada se reflejaba en el escaparate. Llevaba un pañuelo en la cabeza que

revoloteaba con el viento. Julia se volvió y de repente comprobó sorprendida que era como si una ráfaga de viento se llevara a la mujer consigo. Salió a la calle a paso rápido y, en una fracción de segundo, desapareció entre un grupo de personas que se arremolinaron en torno a ella hasta que logró salir de entre la multitud. El tiempo suficiente para que la desconocida sufriera un cambio prodigioso. El pañuelo había desaparecido de su cabeza, en su lugar, una larga melena rubia ondeaba al viento, y el vestido había quedado oculto por un impermeable ligero. En el momento en que empezó a llover, la mujer abrió un paraguas azul oscuro que por su tamaño casi la volvió invisible.

Julia había seguido con la mirada a la desconocida sin saber por qué. Y cuando echó a correr tras ella, desafiando al viento y a la lluvia, lo hizo también involuntariamente. La mujer desprendía una misteriosa aureola que embelesó a Julia. Sin atender a cuanto la rodeaba, encaminó sus pasos en la misma dirección que la mujer, quien, a pesar del súbito aguacero, se movía con tal ligereza que no parecía de este mundo. Julia se le acercó fascinada. Cruzaron un pequeño puente al final del cual una escalera subía hacia el casco antiguo de la ciudad. Justo en el momento en que Julia le dio alcance, una fuerte ráfaga de viento se llevó el paraguas de la mujer. Al intentar sujetarlo, la desconocida perdió el bolso. Con un solo y ágil movimiento soltó el paraguas, que se balanceaba al viento, recogió el bolso y siguió caminando a paso rápido. Julia vio que el paraguas ascendía hacia cielo y luego caía aleteando al río, y se le pasó por la cabeza que parecía una mariposa a punto de ahogarse. Cuando buscó de nuevo a la mujer con la mirada, esta había desaparecido.

Julia se detuvo en el puente, perpleja y algo avergonzada. ¿Por qué habré venido hasta aquí?, se preguntó. ¿Qué tengo yo que ver con esta mujer? Para entonces estaba completamente empapada y empezaba a tener frío. Con un suspiro, dio media vuelta. Se marcharía a casa y se haría un chocolate caliente; sí, y además enseguida, antes de que pillara un resfriado. Apenas había dado dos pasos hacia casa, cuando por el rabillo del ojo le llamó la atención algo que brillaba. Un sobre. Se paró a recogerlo. Se le habría caído del bolso a la desconocida. De nuevo miró hacia el otro lado del puente y hacia la escalera, pero la mujer había desaparecido. Julia guardó apresuradamente el sobre y se refugió en la entrada de una casa cercana, donde lo extrajo de nuevo y lo examinó a la lóbrega luz de una tarde de tormenta. No ponía nada, ni el nombre ni la dirección. Entonces Julia se dio cuenta de que el sobre no estaba cerrado, de modo que lo abrió y sacó el contenido. Eran dos billetes de tren que apenas se habían mojado. De primera clase, constató Julia. Eran para ese mismo día. Dos billetes a París.

¿Y si la desconocida iba de camino a la estación? Julia miró la hora. Iban a dar las seis. El tren partía a las siete y media. La dirección que había tomado la mujer —por el puente, la escalera y el casco viejo— era la adecuada. Sin embargo, la elegante desconocida no llevaba equipaje. ¿Acaso era necesario? No. Podría haberlo dejado en consigna en la estación para recogerlo poco antes de que saliera el tren. Pero en cualquier caso, los billetes los necesitaba.

Quizá todo hubiera sido distinto de no ser porque en ese momento cesó la lluvia y, poco después, asomó el soslayado sol de última hora de la tarde. Por esa razón, Julia tomó una decisión que lo cambiaría todo... ¡Su vida entera!

Recorrió el puente a grandes zancadas, subió la escalera y atravesó a toda velocidad el casco antiguo de la ciudad. A la media hora, llegó a la estación, donde ya estaba estacionado el tren con destino a París. Los vagones de primera clase se hallaban al final del andén. Pero aún quedaba tiempo. Julia se subió y se dirigió hacia la cabecera del tren mirando bien en todos los compartimentos para ver si por casualidad veía allí sentada a la misteriosa desconocida. Naturalmente, pensó, no la encontraría hasta llegar al último. Sin embargo, la mujer tampoco estaba allí. No se la veía por ninguna parte. ¿Y si aparecía en el último momento, justo antes de que partiera el tren? Julia miró los billetes para ver si tenía una plaza reservada. Asiento número 13. Justo el que estaba al lado. Bien; entonces podría sentarse y esperar a la mujer. Tomó asiento y miró por la ventanilla hacia el andén. Desde allí podría ver llegar perfectamente a la desconocida.

Pero el tiempo pasaba y la hora de salida se aproximaba irremisiblemente. Dos billetes, se le pasó a Julia por la cabeza; la mujer tenía dos billetes en el sobre, sin duda para dos asientos contiguos. De nuevo les echó un vistazo. Asiento 13 y... asiento 13. Miró desconcertada los números de la fila de asientos. ¿Dos billetes para el asiento 13? Eso no podía ser. Y sin embargo, en los billetes ponía claramente asiento 13 dos veces. Hasta que descubrió lo que hasta entonces le había pasado completamente inadvertido: solo el primer billete tenía por destino París. El otro salía más tarde desde París... En ese momento oyó el pitido del jefe de estación. Y en una fracción de segundo tomó una decisión: iría a París. A París y por fin a

El texto se interrumpía bruscamente. Extrañada, Valerie siguió hojeando el libro. Pero en la página siguiente y en la otra no vio más que papel en blanco. Hasta la última página del libro, la obra impresa era tan solo un libro en blanco. Con una

mezcla de decepción y fascinación, la joven dejó el libro a un lado. ¿Cómo seguiría la historia, cómo terminaría? Obviamente el libro era un ejemplar defectuoso. Volvió a sacar la ficha del archivo de la tía Charlotte. La editorial que aparecía era una empresa de la que no había oído hablar nunca: Millefeuille. Como pastel sí lo habría reconocido, pero como editorial... De todos modos, el nombre le pegaba en cierto sentido. Milhojas. En alguna parte tenía que estar la lista de las editoriales; Valerie la había visto el día anterior. Cuando por fin la encontró, buscó «Millefeuille». Pero tal y como esperaba por una extraña intuición, «Millefeuille» no venía en la lista. También podría ser que ese nombre solo fuera el sello de una editorial más grande. Pero tampoco le sirvió de nada echar una ojeada a los créditos. Porque ese libro no tenía créditos.

¿El autor? Ninguno.

—¿Quién demonios habrá escrito este libro? —se preguntó Valerie.

Una vez abierta la contracubierta del libro, examinó el texto de la solapa y halló una información tan escueta como: «El autor vive y trabaja en París, Florencia y San Petersburgo. Tras sufrir un desengaño amoroso con una mujer, encontró a su gran amor en la literatura y, gracias a ella, una nueva vida. Este libro está dedicado a la madre de sus tres hijas».

Vaya, pensó Valerie, un poco cursi y, encima, con poquísima información. Cerró el libro y pasó los dedos por la superficie. Estaba bien hecho, con una encuadernación holandesa, el título estampado e incluso un registro de color verde esperanza. Una obra de un autor desconocido de una editorial desconocida, sin duda una edición defectuosa... ¿Existiría alguna sin errores? Nadie la pediría ni la compraría, y como ejemplar defectuoso ni siquiera se podía vender a precio de ganga. Valerie lo apartó, volvió a abrirlo y, finalmente, lo metió en una caja que ya de por sí estaba abarrotada de papeles con los que no sabía por dónde empezar.

La maldición de la gran limpieza consiste en que, al principio, el caos se multiplica hasta alcanzar unas dimensiones gigantescas, pero cuando uno se llega al momento de la desesperación, cuando uno está a punto de darse por vencido o de tirarse por la ventana, de repente empieza a despejarse la niebla como por ensalmo. Al principio, de forma más bien imperceptible; luego, se instala por fin, haciendo su entrada triunfal, cierto orden, y por último, se propaga una claridad que, tras los esfuerzos padecidos y la angustia acumulada, surte un efecto doblemente alentador. Valerie no habría conseguido nada tirándose por la ventana porque, al fin y al cabo, la tienda estaba en la planta baja. Y darse por vencida no entraba en sus planes, además, entre economistas, no se contemplaba como una opción. Pero ante todo, aún se hallaba muy alejada del caos absoluto. Desde luego, Sven lo habría evaluado de manera radicalmente distinta. Y eso fue lo que hizo cuando ese día o, mejor dicho, esa noche,

al terminar su trabajo —lo que en el caso de los aprendices empleados en servicios de asesoramiento empresarial significa después de las nueve—, llamó con los nudillos en el cristal del escaparate y esperó a que Valerie lo rescatara del viento gélido y le brindara el calorcito del interior.

—¿Debo preocuparme por ti? —preguntó Sven, mientras se quitaba el abrigo y lo lanzaba a un rincón—. ¡Trabajas más que yo!

—Ni idea. Pero dicen que siempre hay que mirar las cosas desde el final. Aunque si he de ser sincera, me siento incapaz de vislumbrar el final —suspiró Valerie, frotándose los ojos.

¿Había comido algo? Ni se acordaba. Seguramente, lo último que se había metido para el cuerpo era el desayuno, un simple café con leche y un tazón de *muesli*. No era, pues, extraño que se sintiera mareada.

—Siéntate; enseguida termino.

—Vale.

Sven se desplomó en el sillón de lectura y giró el cuello para aliviar su tensión. Sacó un *smartphone* y se puso a mirar los correos y a repasar las noticias.

—¡Mierda! —maldijo—. Este chisme está muerto. ¿No tendrás...?

Pero entonces cayó en la cuenta de que Valerie tenía otro modelo cuyo adaptador no encajaba con el suyo para cargar el móvil. Y no le hacía falta ni preguntar si la anterior librería tendría uno, sabiendo como sabía que había vivido en el Pleistoceno. Así que dejó el *smartphone* en la mesita en la que había un montón de libros y examinó los lomos de los distintos volúmenes.

—¿El *Kamasutra*? —dijo finalmente, con una mezcla de regocijo y aprobación—. No me digas que tu tía también vendía literatura erótica.

—¿Mmm?

—Aquí hay un *Kamasutra*, entre Schiller y Schnitzler.

—Ah, sí, es verdad. —Valerie apartó la mirada de su lista—. La tía Charlotte tenía un sistema del que estoy entresacando los libros más importantes. Ese es el primero que he escogido.

Pero Sven no le prestó demasiada atención. Había escogido ese libro de entre los demás y ya estaba empezando a leerlo. Posiblemente, su novia le estuviera diciendo algo que no llegó a oír. Porque, en efecto, la literatura puede cautivar a una persona y acaparar toda su atención. Es capaz de trasladarnos a otros mundos y, a base de fundirnos con ellos, hacer que olvidemos las pesadumbres de la vida cotidiana. Incluso personas de tendencias muy prosaicas son receptivas a la literatura, siempre y cuando la lectura sea la apropiada. Ese era claramente el caso de Sven y el *Kamasutra*. Valerie acababa de apagar la lámpara del escritorio y de colgarse el bolso, cuando su novio soltó una carcajada.

—¡No te pierdas esto! —exclamó entre risas.

Ahora fue Valerie la que giró el cuello para aliviar la tensión.

—¿El qué?

—¡Qué retorcidos eran ya los antiguos indios!

—Hay egipcios antiguos y romanos antiguos. También he oído hablar de los antiguos persas, pero ¿indios antiguos? Yo creo que siguen siendo el mismo pueblo...

—Da igual. ¡Mira!

Sostenía el libro sobre el regazo, y el saludable color de su tez revelaba que no estaba ni mucho menos tan agotado como Valerie, que se acercó y se inclinó sobre él.

—¿Y bien?

—Esta postura es imposible —rió Sven—. Es una fantasía sexual completamente inverosímil.

—Pues por lo que yo sé, se trata de una especie de libro científico. Seguramente se pueda hacer todo lo que sale en él. —Miró con un poco más de atención—. Aunque pensándolo bien...

Quizá fuera la leve sensación de mareo que se había apoderado de ella, o tal vez la vaga sospecha de que a Sven se le había acelerado la respiración, o también pudo influir la tenue luz de aquella única lámpara de lectura que iluminaba muy tímidamente toda la tienda; en cualquier caso, Valerie se sentó en el mullido brazo del sillón de lectura y se deslizó junto a su Sven, tomó el libro, hojeó un par de páginas y murmuró:

—Habría que probarlo...

Notó que a ella también se le aceleraba la respiración, apagó la luz, apartó el libro y volvió a poner la mano donde la tenía puesta antes. Sven respiró profundamente, encendió de nuevo la luz y se levantó.

—Qué cortina más cojonuda —dijo con la voz algo ronca, mientras soltaba el cordón que mantenía recogido el gran telón de teatro que daba al escaparate—. Y qué sillón más cojonudo.

—Sillón de lectura —matizó Valerie.

—Pues entonces leamos.

Los telones teatrales son un invento maravilloso. Han sido creados para ocultar lo banal y despertar la curiosidad por algo especial. Al no permitirnos ver lo que hay al otro lado, dan rienda suelta a nuestra imaginación. Los telones de teatro confieren a nuestra atención la necesaria mezcla de misterio y expectación. El telón teatral de la librería Ringelnatz & Co., en cierto modo, jugaba con las dos cosas. En el proscenio se presentaban los personajes principales: títulos escogidos que, gracias a su actualidad, a su atractivo diseño, o debido a su peculiar estima por parte de la librera, habían de despertar la curiosidad de los transeúntes como si de faros se tratara. Al fondo del escenario, una cantidad enorme, apenas abarcable con la vista, de actores, todos ellos tan variopintos, sorprendentes y admirables, que cada uno, desde el punto de vista del espectador, podía convertirse perfectamente en el protagonista principal.

Cada ejemplar constituía un suceso teatralmente escenificado solo gracias a ese tupido telón de color rojo oscuro, ribeteado en oro y tan pasado de moda como sensual.

Esa cortina no fue descorrida hasta la mañana siguiente con el fin de saciar la curiosidad de Valerie, que hasta entonces no había dedicado ni una mirada al escaparate. De pie en el interior de la tiendecita, un tanto desaliñada por haber pasado casi toda la noche en blanco y por los diversos estudios del *Kamasutra*, se sintió agradablemente agotada y, para su sorpresa, constató que esa herramienta esencial de relaciones públicas de Ringelnatz & Co. hasta entonces le había pasado completamente desapercibida.

A lo largo del día, sometería los libros a un examen minucioso. Por de pronto, se limitó a escoger un puñado de ellos y, obedeciendo a una inspiración espontánea, colocó el volumen del *Kamasutra* en el hueco que había quedado; después, salió de la tienda junto con su novio porque ya iba siendo hora de comer algo.

Cinco

Un gabinete de fantasías, una fuente de conocimiento, una recopilación de las tradiciones del pasado y del presente, un lugar donde soñar... Todo eso puede ser una librería. Naturalmente, desde un punto de vista más burdo, también es un almacén de obras impresas que han de ser explotadas comercialmente. Sin embargo, quien centre su atención en ese aspecto de la naturaleza tan variada de una librería, será capaz de tener revelaciones y hacer descubrimientos de muy diversa índole.

Valerie vio un librito muy usado, encuadernado en papel gris oscuro, una de esas obras que pasan fácilmente desapercibidas si se examinan las existencias de forma superficial. El dorado del lomo, en su mayor parte, estaba mordido por una grieta de la tapa, y como Valerie no podía verlo bien, lo sacó para anotar el autor y el título. Ambos datos se hallaban en la cubierta entre dos pequeñas estrellas, asimismo doradas, dentro de una preciosa viñeta de color sangre de toro: *Gustav Flaubert. Memorias de un loco*. Y mientras seguía preguntándose si ese nombre no se escribía en realidad con una «e», *Gustave Flaubert*, hojeó el pequeño tomo y descubrió que dentro, es decir, en la portadilla, aparecía impreso en rojo y negro sobre blanco. Abajo a la derecha, en el ángulo de esa primera página (parecía que faltaba algo; posiblemente el librito tuviera en origen un frontispicio), ponía un nombre ilegible y un año: «39». Tal y como rezaba una observación de la última página, la edición se había publicado en 1922. El volumen olía un poco a tinta de imprenta y a humo de pipa. ¿Por cuántas manos habría pasado antes de acabar aquí entre los libros de viejo? ¿Y quién lo habría llevado a la tienda?

Al ir pasando las páginas, Valerie comprobó que la letra estaba tan firmemente estampada que se marcaba un poco en la estructura del papel. En las páginas en las que el texto ocupaba solo unos pocos renglones, se reconocía claramente el estampado de la letra del dorso. En la página 17, abajo, había una anotación en letra diminuta, algo separada del texto propiamente dicho: «2 Flaubert». Poco después de «7 Flaubert», el librito, que únicamente tenía 99 páginas, se acababa. Esas anotaciones, como calculó la propia Valerie, indicaban los denominados pliegos de imprenta, cada uno de los cuales contenía dieciséis páginas. Aunque sin éxito, intentó imaginarse el peculiar criterio por el que un pliego de esos se imprimía, se plegaba y se recortaba, para que al final saliera una sucesión razonable de textos o, mejor dicho, la única sucesión correcta: el relato del joven Flaubert u otra de las innumerables historias que, en el trascurso de los quinientos cincuenta años anteriores, habían hecho posible la creación de innumerables libros.

El de Flaubert no era ni uno de los libros más bonitos de Ringelnatz & Co. ni uno de los que mejor olían. Tampoco figuraban entre ellos los volúmenes de Ringelnatz, todos los cuales presentaban ediciones pulcramente confeccionadas que apenas se atrevían a resaltar la originalidad de los pensamientos que albergaban. En cambio,

había muchísimos libros cuyo mero efecto estético provocaba un enorme magnetismo. Tal era el caso de una edición de las obras de Heinrich Heine que, en tan solo dos tomos, lograba representar, con su fino papel biblia, delicado como la filigrana, toda la fragilidad de la poesía celestialmente maliciosa de Heine; cada página había que pasarla con sumo respeto para dejarse imbuir de unas ideas tan diáfanas como conmovedoras. O el Balzac encuadernado en tela, un literato funcional de primera calidad, cuya infravaloración contrarió al escritor, pero a cambio otorgó a su obra una validez mucho más generalizada; en cuanto al olor, podríamos decir que era más bien neutro, pero la encuadernación era muy llamativa por su elaboración, tan hábil como perfecta. El soberbio libro de Dostoievski, completamente encuadernado en piel de color brandi, olía un poco como uno de esos compartimentos de un tren de largo recorrido de la época, en los que una delegación de caballeros bien situados y envueltos en caros abrigos discutía sobre los precios del mercado de la madera; en la cubierta aparecía la firma del autor grabada en oro, con una rúbrica muy resuelta de trazos llenos de picos y valles, aunque por lo demás completamente ilegible; a decir verdad, podía haber sido perfectamente la firma de un veterinario cualquiera. También había una edición «delatora» de las *Canciones del patíbulo*, de Christian Morgenstern, que ¡a saber el tiempo que había estado sobre la mesilla de noche de alguna damisela de la alta sociedad! O, mejor dicho, debajo de su almohada. El intenso aroma de su perfume había sido absorbido por el papel, que era de una calidad modestísima y ofrecía ya un aspecto algo quebradizo y un color amarillento, algunas páginas incluso estaban rasgadas. La apariencia visual del libro era un insulto a su aspecto olfativo, lo que resaltaba el interés del volumen, que provocó tal curiosidad en Valerie que enseguida se sentó a indagarlo. Después de haber pasado un rato acostumbrándose a las ideas curiosamente formuladas por el autor, se topó con un poema que llevaba por título «La lámpara de día y noche». Y mientras todavía lo estaba leyendo, de pronto lo vio todo claro:

Korf inventa una lámpara de día y noche
que, en cuanto se enciende,
transforma en noche
incluso el más luminoso día.

Cuando lo presenta en la Rampa del Congreso,
ningún experto puede ignorar
que se trata de...

(El día más claro y luminoso se oscurece de pronto,
y unas salvas de aplausos invaden la casa).
(Y alguien le dice al criado Mampe: «Enciende la luz»)
... que se trata de

un hecho: a saber,
que la lámpara imaginada, efectivamente,
cuando se enciende, transforma en noche
incluso el más luminoso día.

Sin embargo, Valerie se levantó, dejó el libro, apagó las luces e inhaló profundamente la sabiduría de ese maravilloso gabinete de los sueños, el olor de todos los libros viejos y nuevos, el aroma de sus vivencias y promesas, de sus maldiciones y profecías; de las manos que los habían sostenido; del esmero con el que habían trabajado en ellos los fabricantes de papel, los impresores y los encuadernadores; de la tinta con la que habían sido impresos, de la cola, la tela, la piel, las cubiertas y sobrecubiertas; del cosido, las cintas para marcar la página y los papeles de seda. Ninguna perfumería es capaz de producir un *coupage* tan completo, una mezcla de tantos aromas, como una librería en la que se han seleccionado amorosamente desde las obras más antiguas hasta las más recientes. El libro es, tal y como se desprendía de «La lámpara de día y noche», una experiencia absolutamente sensual, siempre y cuando se prescindiera por un momento de considerarlo un mero medio de transporte de la imaginación: es una obra de arte total.

No tiene por qué ser especialmente difícil llevar bien una librería, se dijo Valerie para sus adentros. Bastaría con los principios más rudimentarios de la economía empresarial, una gestión sensata, un poco de maña para las negociaciones, unos cuantos contactos y una enorme dosis de magia. Esta última, desde luego, no la domina cualquiera que quiera navegar con una librería por el espacio y el tiempo. Y tampoco Valerie la dominaba. Ni siquiera un poco, como pronto comprobaría. Porque se podían examinar, corregir y pronosticar todos los números, y se podían enumerar, clasificar e inventariar todos los libros. Se podía trabajar desde primera hora de la mañana hasta el final de la tarde, incluso por la noche. Pero si uno no sabía hacer magia, todo lo demás resultaba inútil. A ojo de buen cubero, debían de existir un millón de libros a disposición. Pero seguramente fueran muchos más. Diferentes títulos, con varias ediciones cada uno. ¿Quién podía saber lo que realmente les interesaba a los lectores de todos ellos? ¿Quién era capaz de hacer una selección de esa cantidad inimaginable de obras acumuladas a lo largo de cientos de años? Quizá la propia tienda fuera también una obra: una antología de obras que constituían el alma de la librería. ¿Acaso una tienda no era forzosamente la expresión de la individualidad de su propietario? Nadie podía conocer un millón de libros.

De manera que era necesario trazarse unos límites: cada librera o librero escogía entre lo que conocía y apreciaba. Así le proporcionaba a la librería el sello de su propia personalidad. A ello se añadían los pedidos de los clientes, que al no hallar determinados libros entre el surtido, los encargaban. Si eso ocurría con frecuencia, la librera optaría por almacenar la obra para tenerla disponible cuando llegara el siguiente cliente preguntando por ella. Y de este modo la librería —como un niño que crece y se independiza de los padres y se forja su propio carácter— desarrolla una personalidad original: imprevisible, caprichosa y llena de sorpresas. Pero cuanto más

fuerte sea ese carácter, más energía e intuición harán falta para dominarlo y sacar lo mejor de él. Es como un caballo fogoso, que requiere un excelente jinete para montarlo.

A todo esto, Valerie no era una amazona especialmente buena. Dicho más exactamente, ni siquiera sabía cabalgar. Es más, al cabo de unas pocas semanas ya tenía la sensación de que el caballo era ella. Si trotaba en una dirección —por ejemplo, para hacer una nueva lista de precios—, el extraño mundo del comercio del libro frenaba bruscamente y la derribaba sin piedad —por ejemplo, mediante el reconocimiento de que en un mercado con precios fijos la determinación del precio está ya resuelta desde el momento en que el producto se encuentra en la tienda—. Si galopaba en otra dirección —digamos, hacia descuentos atrevidos con los que obtener un mejor trato por parte de las editoriales—, la legislación vigente la forzaba a retroceder; en este caso, porque los descuentos no deben sobrepasar determinada cantidad; más allá de ese límite, se produce la denominada «competencia desleal». La mezcla de disposiciones, costumbres, usanzas, preceptos y, por lo tanto, posibilidades, le parecía una amalgama tan compacta que de entrada los grandes saltos quedaban completamente descartados. Lo único en lo que no existían límites era en lo concerniente al contenido, al material, y esa vastedad era tan absoluta que Valerie, a los ingredientes anteriormente mencionados para la buena gestión de una librería, pronto añadió una última premisa, asimismo imprescindible: estar rematadamente loco.

Los lectores y lectoras que hayan leído muchas novelas sobre libreros podrán objetar ahora que aún falta otra constante para que todo encaje a la perfección: una gata misteriosa que en su vida anterior haya sido la mujer de un faraón o bailarina de un templo, o bien, indistintamente, un gato galante y sin escrúpulos con cada ojo de un color y una garra de menos. Pues bien, Ringelnatz & Co. también disponía del equipo técnico necesario para ello: una ventana que daba al patio trasero, ambos de dimensiones muy reducidas. Cuando Valerie la abrió para vencer mediante la entrada de oxígeno la somnolencia que se había apoderado de ella y ya no la soltaba, creyó ver tras el alféizar de la ventana un minino chiquitín de color gris corriendo a toda velocidad. El patio trasero era parecido a los decorados de una película sobre la mafia. En un rincón se arracimaba el follaje de color pardo salpicado de gotas de lluvia; el viento soplaba con tal fuerza contra las pútridas paredes que Valerie decidió cerrar la ventana para que no diera un portazo. Pero antes colocó un platillo lleno de leche en la repisa. Luego se sentó y se quedó al acecho mientras pensaba en cómo podría llamar al gato. *Ruby*, le pasó por la cabeza. Pero no le pegaba nada. ¡*Grisella!* Pero ¿no se llamaba así el burrito de un cuento infantil que recordaba vagamente? ¿Y qué tal *Grisalla*? En realidad, eso era una composición pictórica, pero Valerie no lo

sabía. Así que optó por *Grisalla*. En cierto modo, le sonaba al nombre de una señora encantadora, como lo había sido la tía Charlotte. A eso le sonaba hasta que lo vio encaramarse de nuevo al alféizar de la ventana y resultó que no era un gato. Ni tampoco una gata. Valerie se asustó un poco cuando de repente el supuesto gato, aunque separado por el cristal de la ventana, se sentó a tan solo un palmo de ella y la miró directamente a los ojos. Y es que *Grisalla* era, por así decirlo, todo lo contrario de un gato. ¡Era una rata!

Seis

Ya había pasado un tiempo cuando Valerie concertó por fin una cita con el banco. Hasta entonces solo había recibido por correo un extracto trimestral de la cuenta corriente. En él, como no cabía esperar de otra manera, no había ningún tipo de ingreso, sino solo pequeños descuentos... principalmente del banco: comisión por la gestión de la cuenta, intereses deudores, franqueo, transacciones. Dinero a cambio de nada. Habría que ser banquero, pensaba Valerie, mientras iba en bicicleta a la sucursal en la que tía Charlotte tenía abierta una cuenta corriente. Llevaba consigo todas las listas que había estado haciendo durante varias semanas: él debe, el haber, el inventario, las partidas abiertas, etcétera. Ahora lo importante era averiguar qué puntos oscuros acechaban en el terreno financiero.

El asesor del banco la saludó con una sonrisa forzada y una mirada dirigida a su escote. Mientras Valerie lo seguía hasta uno de los cuartitos de asesoramiento, situados tras la zona de atención al cliente, para las conversaciones discretas, se abrochó un botón más de la blusa.

—Bueno, cómo me alegro de que se pase por aquí. ¿Qué tal está su... —miró la carta que le había enviado y que ahora tenía delante en un clasificador—... tía?

—Gracias —contestó Valerie, que en la carrera había aprendido lo bastante como para saber cuándo es preferible no dar cierta información—. Se encuentra de maravilla.

—Supongo que tendrá una autorización para mí.

—Desde luego que sí.

Valerie sacó una hoja de papel de entre sus documentos en la que había anotado con la vieja máquina de escribir de tía Charlotte lo siguiente: «Por la presente autorizo a mi sobrina Valerie D. para que se ocupe de mis asuntos bancarios. Atentamente, Charlotte K». El garabato que venía debajo lo había dejado medio oculto por el sello recién impregnado de Ringelnatz & Co. El empleado del banco agarró el papel sin dedicarle más que una mirada de soslayo y lo guardó en el susodicho clasificador.

—En fin —dijo esforzándose en mostrar su profesionalidad, mientras miraba decepcionado el botón recién abrochado—, ¿qué le trae por aquí?

—Estamos haciendo una revisión a fondo de Ringelnatz & Co. con idea de relanzar la empresa. Una vez que hemos terminado con el inventario y hemos examinado y hecho el balance de todas las cuestiones de contabilidad, activo y pasivo, etcétera, ahora se trata del *cash-flow* y de la dotación financiera de la empresa. Para ello estamos revisando también las líneas de crédito y las modalidades de la negociación comercial.

El asesor bancario apartó la mirada del escote y la dirigió con incredulidad hacia los ojos de Valerie. Tardó un momento en desconectar de la «pequeña contrariedad» y

centrarse en los negocios. Primero carraspeó y hojeó brevemente el clasificador, que apenas contenía papeles. Luego dijo:

—Bueno, por desgracia no se puede hablar de *cash-flow* en el caso de su... empresa. —Se rascó el cuello—. Desde hace ya algún tiempo, más bien reina un completo estancamiento.

—La cantidad de *cash-flow* que generemos depende, como es natural, directamente de la actividad comercial... y de cuál de nuestras relaciones bancarias elijamos para poner esto en marcha.

—Sí, claro —se apresuró a decir el asesor, pero luego reaccionó—. ¿Se refiere a que hay otros bancos?

—Por supuesto —dijo Valerie, marcándose un farol—. Ninguna empresa que goce de buena salud se encadenaría a una única entidad de crédito, ¿no le parece?

—En fin, espero que no lo vea de ese modo —rebatía el hombre, cuyo pelo debía de haber sido igual de ralo desde que iba al colegio, y que ahora, poco antes de llegar a la mitad de su vida, se preguntaba por qué seguía trabajando en esos siniestros antros y regateando unas condiciones mínimas con empresas de poco pelo, mientras otros colegas suyos hacían malabarismos financieros en los rascacielos y jugaban con miles de millones—. Un banco no solo es competente en operaciones de pagos, sino que además puede convertirse en un socio duradero para su empresa. En cualquier caso, nosotros nos vemos como asesores universales en materia de todos los intereses económicos. Fíjese, con nuestros productos financieros y ofertas de servicios de aproximadamente...

Valerie le interrumpió con un gesto.

—Por de pronto me gustaría saber qué deudas hay y cómo están los tipos de interés.

Otra vez el asesor se puso a hojear los escasos papeles. Luego ladeó la cabeza y afirmó:

—Su librería tenía un crédito de cuenta corriente...

—¿Tenía?

—Eh... sí. En algún momento quedó en descubierto —dijo, y carraspeó de nuevo.

—¿En algún momento?

—Hace dos años, para ser exactos.

—¿Y en qué circunstancias?

—En fin... Lo siento, pero por los documentos que tengo aquí no puedo saberlo —afirmó el hombre, cuya inseguridad le transmitió a Valerie la absoluta seguridad de que el banco había estafado a su tía.

—¿Existen más documentos?

—Que yo sepa, no.

—Entonces parto de la base de que el banco ha hecho eso por su propio interés y sin consultarlo previamente con mi tía.

—Pero le hemos enviado una carta. Mire... —dijo el asesor, señalando un escrito estándar con el membrete de la entidad bancaria.

—¿Y han recibido alguna respuesta?

—Mmm... No, evidentemente no.

—En tal caso, como sabrá, su actuación unilateral no tiene ninguna fuerza jurídica vinculante. Por lo tanto, impugno la modificación y le ruego que efectúe una liquidación retroactiva y un nuevo cálculo con la fecha valor de aquel momento.

—No sé si podré hacerlo sin consultar con la dirección...

—Los dos sabemos que no solo puede, sino que debe hacerlo —afirmó Valerie, y se inclinó sobre la mesa—. Y ahora veamos las deudas.

—¿Deudas?

—¿A cuánto ascienden las deudas que en este momento tiene Ringelnatz & Co. con su entidad?

—¡Oh! —El asesor bancario amagó una sonrisa que resultó un tanto falsa—. Bueno, se va a llevar una alegría porque no tiene deudas. Si prescindimos del saldo negativo del último extracto de la cuenta. —Se colocó bien las gafas, miró el extracto de la cuenta como quien contempla un edicto imperial y luego dijo—: Cinco euros con dieciocho. —Otra vez carraspeó—. De todos modos, le advierto de que la fortuna personal de su tía se ha gastado casi por completo. No podrá seguir retrasando el pago por mucho tiempo. Quiero decir, tal y como lo ha hecho estos últimos años.

Valerie se encogió de hombros como si no le importara, pero en el fondo se sentía indefensa.

—Ya no tendrá que retrasar el pago —le dijo en tono lapidario al perplejo asesor bancario.

Luego lo saludó inclinando la cabeza y se levantó.

Para asombro de Valerie, en los días siguientes comprobó que, si bien en la pequeña empresa que representaba Ringelnatz & Co. no había ninguna clase de reservas en efectivo, al mismo tiempo, sin embargo, la tía Charlotte había evitado cuidadosamente contraer la más mínima deuda. Los agujeros financieros que iban surgiendo los había ido tapando con sus propios medios, invirtiendo el poco dinero que había podido ahorrar en todos esos años de librería, en la propia tienda. Naturalmente, no había otros bancos ni, por lo tanto, otros haberes..., pero al menos tampoco tenía deudas.

En el fondo, la cita con el asesor fiscal era completamente innecesaria. Su tarea se limitaba a poco más que a remitir una cuenta de ingresos y gastos y la facturación por sus servicios.

En realidad, el único asiento en cuenta de la actividad comercial de la tía Charlotte eran los desembolsos cuatrimestrales por el agua, la luz y el gas, así como

los gastos adicionales del local comercial. Lo que Valerie buscaba en vano era un pago regular del alquiler... hasta que por fin averiguó que ¡la tienda era propiedad de su tía! El emplazamiento podía ser más o menos bueno para cualquier tipo de negocio u oficina, pero en todo caso ¡la tía Charlotte tenía lo que los economistas llaman «oro en forma de hormigón»; es decir, bienes inmuebles! O mejor dicho, seguía teniendo. Pues por muy definitiva que le pareciera la situación a Valerie, que a diario se enfrentaba con hechos consumados, no quería dejar de contemplar la posibilidad de que su tía aún vivía. Ojalá viviera. Valerie lo deseaba. Sin embargo, era lo suficientemente realista como para saber que había muy pocas probabilidades.

—**P**or cierto, la cita ha sido todo un éxito —le explicó más tarde con un platillo de leche a su nueva amiga, que ya se asomaba todos los días por la ventana de Valerie—. Los banqueros son tan previsibles como un reloj atómico.

Mientras daba sorbitos a su té, veía cómo *Grisalla* chupaba con su linda lengua rosa el líquido blanco. Si se observa una rata sin ningún tipo de prejuicios desde cerca, uno no tiene más remedio que encontrarla bonita. Las ratas tienen un pelo sedoso y brillante, unos ojos vivarachos, y sus garras son pequeñas obras de arte de la evolución. *Grisalla*, además, tenía siempre tiempo para escuchar las consideraciones de Valerie. Para entonces, Valerie incluso se atrevía a dejar la ventana abierta cuando la rata salía de sus misteriosos escondrijos.

De todos modos, pese a esa cercanía con la literatura, *Grisalla* distaba mucho de ser una «rata de biblioteca». Cuando en una ocasión Valerie le leyó en voz alta algunos versos de los maravillosos y melancólicos poemas de Mascha Kaléko, el animal emprendió la fuga... de lo que era imposible culpar a Kaléko. Con ello quedaba al menos claro a qué especie pertenecía la rata. Según Valerie, no era ni *rattus norvegicus*, la rata de alcantarilla común, ni tampoco *rattus rattus*, la rata sedentaria doméstica, sino *rattus alliterarius*, es decir, una «rata iletrada» y, por lo tanto, una agradable variante del recogimiento que por regla general crea la palabra escrita con su lector. De esta manera Valerie, a las sesenta especies de rata conocidas por la zoología, añadió la número sesenta y uno.

—¿Crees que tía Charlotte aún seguirá con vida?

Grisalla la miró con sus resplandecientes ojos negros. ¿Estaba sonriendo?

—Gracias —dijo Valerie al cabo de un rato—. Seguro que tienes razón. Andará por alguna parte del ancho mundo. Tal vez haya secuestrado un metro y haya salido pitando hacia Sudamérica. O a lo mejor está ahora mismo invitando a unos cuantos esquimales a una botella de un buen vodka ruso.

Grisalla esbozó una sonrisa de satisfacción. Luego siguió sorbiendo la leche. Cuando Valerie fue a servirse más té, la rata desapareció. En ese momento, sonó la campanilla de la puerta y entró la cartera.

—Se va a llevar una sorpresa —dijo a modo de saludo.

Acto seguido le entregó a Valerie el acostumbrado montón de facturas, propaganda y una revista especializada a la que Valerie aún no le había echado un vistazo. Encima del todo, sin embargo, había una tarjeta postal. Un paisaje idílico con vistas al mar que despertó la envidia de la observadora. «Oporto», ponía.

Llevada por la curiosidad, Valerie dio la vuelta a la postal y leyó:

Querida Valerie:

Espero que todo te vaya bien. No te preocupes por mí. Te deseo lo mejor.

Charlotte

Y a Valerie le dio la impresión de que a través de esos escuetos renglones se vislumbraba la misteriosa sonrisilla de la rata *Grisalla*.

La postal de Portugal fue la única señal de vida de su tía. Pasaron días, semanas y meses, y la cartera seguía sin traer ninguna carta suya. Por otra parte, Valerie notaba cómo iba metiéndose cada vez más en el papel de una vida que le era completamente ajena. Ella no era librera, no era la librera de Ringelnatz & Co. Ni siquiera era una gran lectora; a decir verdad, nunca había sido aficionada a la lectura. Y no obstante, a estas alturas, se sorprendía a sí misma una y otra vez abismada horas y horas en la lectura de algún libro de cuentos o de poemas. Clasificaba, analizaba, llevaba la contabilidad, tomaba el té de la librera, se sentaba en su sillón y se devanaba los sesos con sus documentos comerciales. Y hablaba con las ratas. Mientras tía Charlotte vagaba por esos mundos, a saber por dónde, Valerie iba ocupando poco a poco su lugar y, para su asombro, se sentía cada vez más a gusto.

Siete

Quien crea que en una librería no se producen sorpresas, incurre en un error. El comercio de libros, ciertamente, puede ser considerado como algo previsible y, desde el punto de vista empresarial, quizá incluso como algo aburrido. Pero ni siquiera en ese sentido es todo tan previsible. No; aunque se trate de un fenómeno extraño, lo inesperado se presenta irremisiblemente: el cliente.

Cuando sonó la campanilla que colgaba sobre la puerta desde tiempo inmemorial, lo primero que hizo Valerie fue mirar el móvil. No es que el tono de llamada se le pareciera ni remotamente, pero cuando en esos días ocurría algo, normalmente sucedía a través de un vínculo digital con el mundo exterior. Estaba enfrascada en una lista que, para su sorpresa, tenía hecha su tía bajo el título de «Partidas abiertas» y que, para mayor sorpresa aún, no contenía nada de lo que, como economista empresarial, podía entenderse por «Partidas abiertas», sino más bien una especie de lista confusa de «Tareas pendientes», entre las que se encontraban algunos artículos del *stock*, aunque Valerie no la había examinado todavía con detenimiento.

El joven que apareció de repente en la puerta, favorecido por la suave luz vespertina de principios del verano, preguntó con cierta timidez:

—¿Está abierto todavía?

—¿Está abierto todavía? —repitió Valerie, levemente irritada. En realidad había quedado para ir al cine con dos amigas y debería haberse marchado hacía tiempo—. A decir verdad, no —dijo titubeante.

Faltaba media hora para que empezara la película, y sus amigas llevaban ya un tiempo burlándose de ella porque no salía nunca.

—Ah, pues perdone —murmuró el joven, y dio media vuelta.

Por otra parte, los números no eran tan boyantes como para desaprovechar cualquier oportunidad que surgiera.

—¡Pero con usted haremos con mucho gusto una excepción! —dijo Valerie, que ya veía que sus planes se iban una vez más al garete.

Dio la vuelta al escritorio y bajó a toda velocidad los peldaños que daban al espacio de venta. ¿Por qué hablaré todo el rato en primera persona del plural?, se preguntó. ¿Acaso hay alguien más que se encargue de la tienda? Miles de libros la contemplaban, y Valerie miró avergonzada al suelo. Luego alzó la vista y sonrió al cliente, que llevaba un elegante abrigo de entretiempo, aunque un poco pasado de moda, por cuyo bolsillo asomaba la cabecera del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, una camisa algo arrugada con las gafas guardadas en el bolsillo superior, y unos zapatos italianos que tal vez no estuvieran muy nuevos, pero sí bien cuidados.

—¿Qué es lo que busca?

—¿Me deja que eche un vistazo?

Aunque no estaba segura, Valerie creyó detectar un ligero acento en sus palabras,

una cadencia que le resultó tan extraña como fascinante.

—Pues claro que sí —respondió—. Siéntase como en casa.

—Yo que usted no haría dos veces una invitación así, y menos en una librería tan bien surtida como esta.

La mirada de experto del joven recorrió las filas de estanterías, deteniéndose una y otra vez, con los ojos entornados, en determinados volúmenes. Pero de cuando en cuando esa mirada también bajaba y rozaba como por casualidad a la joven librera. Valerie fingía inútilmente estar despachando tareas urgentes a su espalda. Había en él algo que no se veía con frecuencia, la distinción propia de un hombre de mundo. Sven debería tomarlo como ejemplo, pensó Valerie.

¿De dónde has salido?, se preguntó Valerie, sonriendo disimuladamente por el curioso contraste entre su abundante y alborotada cabellera y la ropa tan elegante y exquisita. Con sus lustrosos zapatos y los puños de la camisa blancos como la nieve, que asomaban exactamente un dedo por la manga, parecía que iba a solicitar la plaza de conserje en un gran hotel o que pretendía ser aceptado en un club inglés, y no obstante, con aquella melena y la barbita y los ojos melancólicos, se asemejaba también a un revolucionario comunista. Valerie no pudo remediar encontrarlo muy interesante..., quizá incluso algo más que interesante. El hombre debía de ser de madera o, más bien, de piedra para no quedar completamente taladrado por las miradas que ella le lanzaba a su espalda.

Fue el enorme talento practicado y perfeccionado por su tía durante todos esos años de actividad como librera, lo que le confirió un sentido casi mágico para escoger y almacenar los libros apropiados. Entendiendo por «apropiados» aquellos que anhelaban leer los clientes que entraban en su tienda. Y no es que dichos clientes supieran siempre lo que querían desde un principio. Al contrario; a menudo entraban «solo a echar un vistazo». Pero entonces se llevaban uno o varios libros que muchas veces les cambiaban la vida.

A todo aquel que entrara en Ringelnatz & Co., la propietaria de la librería lo evaluaba con una mirada certera. A veces bastaba una breve conversación; otras, la mera observación de cómo un posible cliente recorría las filas de estanterías, para averiguar cuál era la mejor manera de atender sus necesidades. En ocasiones, uno de esos clientes elegía un libro equivocado; entonces ella encontraba palabras y maneras de disuadirle, porque nada hace que corra más peligro el disfrute de la lectura y, por lo tanto, la supervivencia de los libreros, que la venta de un libro inadecuado en un momento inoportuno. Entonces la librera escogía con resolución otra obra, la hojeaba como al azar, hacía como que se concentraba en su lectura y luego, de pronto, alzaba la vista y decía: «Debería echarle una ojeada a este». O bien esbozaba su legendaria sonrisa picarona y levantaba el dedo como si fuera a revelar un secreto, antes de decir: «Una buena elección. Pero estoy segura de que aún no conoce este otro libro». Y al instante sacaba como por arte de magia un volumen que parecía hecho a medida del cliente y cuya lectura le proporcionaría a este ilustración, sabiduría o

sencillamente una enorme diversión.

Como es natural, Valerie no disponía de esa magia como librera. Si el cliente le hubiera preguntado algo, no habría sabido qué aconsejarle. Pero el joven no le preguntó nada. Se limitaba a seguir inspeccionando las estanterías con una mirada de conocedor y actitud modesta; de vez en cuando, abría un volumen, lo hojeaba y pasaba sus finos dedos por las páginas (sin querer, Valerie miró si llevaba alianza pero comprobó que no). Una vez se dibujó una leve sonrisa en sus labios y, en otra ocasión, Valerie descubrió que fruncía el ceño con un gesto de contrariedad.

—¿Había estado alguna vez aquí? —se oyó preguntar a sí misma.

—¿Se refiere a la librería? No. Por desgracia, no. Pero podría pasarme aquí toda la vida.

Con una sonrisa turbada, Valerie se retiró, no sin antes preguntarle con un susurro:

—Si puedo ayudarle en algo...

Luego volvió a sentarse en el escritorio de la trastienda, sin dejar de observar a través de la puerta al curioso visitante.

Pasarme aquí toda la vida..., pensó, y comprobó que se lo podía imaginar perfectamente. Pero al cabo de un rato, volvió a ocuparse de sus tareas y siguió repasando catálogos de editoriales que habían llegado con el correo e intentó ignorar esa extraña inquietud que se había apoderado de ella desde la entrada del joven.

Cuando se volvió hacia él, en la calle ya había anochecido. Valerie miró la hora y carraspeó.

—No quisiera ser descortés... —dijo, mientras bajaba los peldaños con la llave de la tienda en la mano.

—¡Oh, no! El descortés soy yo y le pido disculpas —se apresuró a decir el joven—. La he retenido demasiado. Debería haber cerrado hace un buen rato, ¿verdad? Perdona, es que me he olvidado del tiempo.

—¿Y no ha encontrado nada? —preguntó Valerie, pensando que después de todo ese tiempo disfrutando gratuitamente de la lectura en una librería, podía haber comprado algo.

—¡Demasiadas cosas! —respondió el joven, apartándose un mechón de su oscura melena de la frente—. Me encantaría llevármelos todos.

—Bueno, podría empezar por uno o por un par de ellos —le propuso Valerie.

—Tiene razón. Toda la razón.

Giró lentamente, como a la espera de que alguno de los libros acudiera a él por sí mismo para poder llevárselo. Luego, dirigió sus pasos hacia el fondo del local y puso la mano sobre un volumen de segunda mano. No parecía nada especial; hasta entonces Valerie ni siquiera se había fijado en él. La cubierta, ligeramente

amarillenta, presentaba un fragmento de un cuadro, posiblemente de la época del modernismo y sin duda inglés: *Antonia S. Byatt. Posesión*.

—¿Lo conoce? —preguntó el joven, mirándola con los ojos llenos de entusiasmo.

—Eh... no. Para ser sincera, es la primera vez que lo veo.

—Ah, pues debería leerlo. —Le pasó el libro—. Elija cualquier página.

Cualquier página. Valerie lo abrió por las páginas 186 y 187.

—¿Así? —dijo—. ¿Y ahora qué?

—¿Me permite? —dijo él. Se apoderó de nuevo del libro y su voz se volvió muy tierna cuando añadió—: Es una novela de entretenimiento. Pero está narrada tal y como deben narrarse las historias.

—¿A saber? —preguntó Valerie, divertida e intrigada.

—Recreándose en la magia de las palabras. —Y leyó—: «Nieve sedosa, granadas, Drogett, amarilleaba, coraza, calcetines de gas, pantallas metálicas... O aquí, en la página... 243: Barquita de tejedor, mirilla, indulgente, magnánimo, el cuervo de Noé, terraplén poroso, recio, intuido... O en la página 529: leche derrochada, el mito de Melusina, las Vestales...». ¿No es maravilloso? ¡Es como un cuerno de la abundancia en cuanto a las posibilidades de expresar una historia!

A Valerie le dio la risa.

—Pues sí, la verdad —repuso—. Es un tipo de magia muy especial.

—Usted lo ha dicho. —La sonrisa que le dedicó el joven la dejó por un momento sin respiración—. Me gustaría llevármelo.

—Claro que sí —dijo ella, y tragó saliva.

Al alargar la mano notó cómo los dedos de él rozaban los suyos cuando se hizo de nuevo con el libro. Por un momento, a Valerie dejó de latirle el pulso... Bueno; basta ya de clichés. Aunque eso fue exactamente lo que sintió Valerie, afirmamos rotundamente que desde hacía un rato estaba un pelín enamorada de ese joven desconocido, atractivo y cultivado.

—Así que cuesta... —Dio la vuelta al libro buscando en vano una etiqueta con el precio—. A ver... —Miró la primera página y luego la última—. Es un libro de segunda mano.

—Y muy bien conservado. ¿Estaría de acuerdo con..., digamos..., cien euros? Al fin y al cabo, está firmado por la autora.

—Efectivamente —corroboró Valerie—. En fin, supongo que cien euros es un precio ajustado.

—¿Trabaja aquí como empleada? —se interesó el joven.

Luego sacó de la chaqueta un monedero marrón muy usado, del que extrajo un billete tan nuevo que hasta podía parecer falso, y se lo entregó.

—La verdad es que no —le explicó Valerie, y titubeó antes de alcanzar el dinero—. La tienda pertenece a mi tía. Pero como ha desaparecido, me estoy ocupando del caos que ha dejado. —Se encogió de hombros y subió los dos escalones hacia la caja registradora—. Es una historia complicada.

—Me encantan las historias complicadas —dijo el joven, y la siguió.

Cuando Valerie se volvió hacia él, de pronto lo tuvo tan cerca, que a punto estuvieron de chocar.

—Perdón —dijo él.

—No pasa nada. ¿Necesita la factura?

—No hace falta.

Con un movimiento muy elegante hizo desaparecer el libro en el bolsillo interior del abrigo, y cuando estaba a punto de volverse con una leve inclinación, de repente se detuvo y miró fijamente al suelo; no, al suelo no: a la caja de los papeles viejos. O, más concretamente, al interior de la caja.

—¿No me diga que tiene *Una librería con magia*?

—¿Cómo dice? Ah, sí, eh..., pero por desgracia... es un... ejemplar defectuoso.

—¿Un ejemplar defectuoso?

El joven entresacó con sumo cuidado el libro de entre el montón de papeles, lo hojeó y susurró:

—«Nada había anunciado el cambio brusco de temperatura». —Alzó la vista emocionado—. ¿Me lo vende?

—Pues verá —intentó explicarle Valerie—, este libro es una impresión defectuosa. El texto se interrumpe a las pocas páginas. —Se encogió de hombros como disculpándose.

—Claro, claro —dijo el joven, mirándola aturdido—. ¿No quiere desprenderse de él?

—No es eso. Lléveselo —dijo Valerie—. Se lo regalo.

—¿De verdad que me lo regala? Eso no puedo aceptarlo. No tiene ni idea de cuánto tiempo llevo buscando este libro.

—Y para cuando lo encuentra, resulta que es un ejemplar defectuoso. Qué mala pata. —Valerie sonrió con una mezcla de compasión e hilaridad.

El joven, en cambio, se echó a reír como si ella hubiera contado un chiste muy gracioso, le dio de nuevo las gracias con una mirada centelleante, guardó también ese libro, se despidió y desapareció en la oscuridad. Desde la puerta de la pequeña tienda, Valerie lo vio marchar mientras su silueta se difuminaba bajo la escasa iluminación de las viejas farolas de la calle. Luego notó que se levantaba una ráfaga de viento que trajo consigo un chaparrón repentino que la obligó a buscar refugio en el interior. Mientras cerraba la puerta tras ella, repitió las palabras que acababa de murmurar el desconocido: «Nada había anunciado el cambio brusco de temperatura».

Ocho

Entre los caprichos de la propietaria de la librería figuraba una colección de cartas, guardadas en un clasificador abarrotado: cartas de clientas y clientes que le habían escrito tras la lectura de libros especiales. Hacía ya tiempo, unos cuantos años, que la tía Charlotte recibió una de esas cartas; en cualquier caso, esa última misiva guardada en el clasificador tenía por fecha el año en que Valerie había concluido sus estudios escolares. Sven se había apoderado del clasificador y estaba husmeándolo mientras Valerie repasaba la lista del inventario e iba registrando cada uno de los libros. Cuando iba por el tercer estante de los trece que había, Sven comenzó a citar:

—«¡No me imaginaba nada parecido de esta novela! ¡Es una obra maestra! ¡Muchas gracias por haberme brindado una noche en blanco!». Madre mía, a esta mujer le va a dar algo. Escribe todas las frases entre signos de exclamación. «¡Este libro es una revelación! ¿Cómo puede ser que lo conozca tan poca gente?».

—¿Dice de qué libro se trata?

—Sí, un momento. Lo pone no sé dónde, creo que al principio de la carta. —Comenzó a murmurar ese absurdo y penoso «bla, bla, bla...» que algunos hacen mientras leen para dar a entender a los demás que están leyendo, lo que normalmente viene rematado por un «¡Ah!»—. ¡Ah! Aquí —dijo Sven—. «De noche, bajo el puente de piedra». De...

—Leo Perutz.

—No está mal. Deberíamos llevarte a un concurso de la tele.

—No era tan difícil. Acabo de tener ese libro en la mano.

—Si de verdad es una revelación, quizá deberías leerlo —dijo Sven a la ligera, sin pararse a pensar en serio en lo que decía.

Pero Valerie ya tenía de nuevo el libro en sus manos, desde que Sven le había leído el título. Era una edición bastante antigua. No un ejemplar de ocasión, pero tenía el lomo ya algo empaldecido y el canto un poco amarillento. El título, misterioso y tentador, le había llamado enseguida la atención.

—¡O mira esta! —exclamó Sven, que había escogido otra carta—. «De nuevo ha acertado plenamente con mi gusto. Además, los libros que me recomienda son tan distintos, que no sé cómo puede ocurrir que, sin embargo, todos me gusten tanto. Muchísimas gracias. Natalia de Bon-Leclerq». El papel de la carta es precioso. Parece del siglo pasado. Una marquesa. «Natalia, marquesa de Bon-Leclerq». ¡Toma ya! ¿Y por qué va la tienda tan mal si tu tía tenía esos clientes?

—Eso quisiera saber yo —le contestó Valerie, apartándose un mechón de pelo de la cara. Le ponía de los nervios que Sven se pasara el día hablando por el *smartphone* o haciendo chistes malos acerca de la tienda, sin hacer nunca nada útil—. Podrías echarme una mano —dijo finalmente, sabiendo que con insinuaciones subliminales o con el mero lenguaje corporal resulta difícil que un hombre abandone su postura

comodona.

De todas maneras, con él tampoco servían de nada los deseos expresados con claridad. Sven se limitó a no hacerle ni caso. A lo mejor no la había oído, quizá le hubiera acaparado la atención alguna otra cosa. Por ejemplo, la carta que entretanto estaba hojeando y que venía escrita en el papel de carta del elegante hotel de Zúrich Baur au Lac. Era una misiva del actor mundialmente famoso Noé, de Viena. Había escrito una carta especialmente apasionada.

—¿Noé? ¿Sigue viviendo en Viena?

—Lo que no sé es si seguirá vivo.

Si Noé aún vivía en Viena no solo era difícil de averiguar, sino que además no tenía el menor interés. Pero que seguía vivo fue algo que se confirmó, gracias al *smartphone* de Sven, a los pocos minutos. Al parecer, vivía, e incluso muy bien: con una nueva mujer, con nuevos y sin duda muy bien remunerados contratos para series de televisión y como candidato a premios cada vez más orientados a él por la obra de toda una vida, pese a que en las fotos salía siempre con cara de vinagre.

Estimada Charlotte:

Qué maravilloso es el paquete que me ha enviado a mi pequeño refugio. Que además de las obras solicitadas por mí de Thoreau y Hofmannsthal —que por cierto necesito para representar un papel en el Burgtheater de Viena—, me haya mandado también el volumen de cuentos de Henry James y *Los inocentes en el extranjero*, de Mark Twain, es algo que no olvidaré en mi vida. Ambos son, cada uno en su estilo, muy observadores y dicharacheros; ¡divinos! «Cuántas veces nos ha conducido por los palacios algún lacayo con piernas de peluche y engalanado de filigrana, que a cambio se embolsaba un franco», dice Twain. ¡Me he reído hasta llorar, queridísima Charlotte! Le pasaba lo mismo que a mí en este hotel de lujo, donde cada dos pasos hay un chico disfrazado de botones que, en cuanto puede, pone la mano por si cae algo. ¡Un uniforme impecable, pero ningún sentido de la discreción!

Ahora quisiera pedirle que complaciera mis deseos, que encontrará anotados en la lista adjunta. Son libros que me hubiera gustado leer hace tiempo o que, debido a mi agitada vida de artista, he perdido en alguna parte. Tenga la bondad de enviármelos a mi pequeña residencia de la montaña. No corre prisa; las próximas tres semanas estaré de gira por Francia. Pero si a la vuelta me encontrara con su paquete, tras las fatigas que ocasiona un viaje de ese tipo y las funciones que he de representar todas las noches, eso proporcionaría alivio y consuelo para un corazón sensible de artista y para un cuerpo ya algo exhausto. Apúnteme los libros de modo que, en mi siguiente visita a su ciudad, pueda saldar la deuda.

Atenta y respetuosamente,

Noé

P. S.: De todas las obras procure, por favor, conseguir siempre las ediciones más bellas. ¡Un libro es mucho más que la suma de sus letras!

Lo que no se podía encontrar en el anexo era una lista de libros. Dicho más exactamente, ni siquiera había un anexo. A cambio, en las circunvoluciones cerebrales de Valerie se había deslizado otro recuerdo mientras Sven leía la carta en voz alta: el nombre del célebre actor lo había descubierto en otra lista, ¡y además repetidas veces! En la lista de las cuentas pendientes...

Llegados a este punto, queridos lectores, no podemos por menos que obligar a nuestro narrador a revisar sus prejuicios. Hasta el economista más genuino, en determinadas circunstancias, puede orientar su imaginación en una dirección que no derive necesariamente en cuestiones pecuniarias. Lo que, sin embargo, no significa que tales circunstancias se produzcan siempre. En el caso de Sven, su fantasía tenía una clara inspiración monetaria. Por esa razón, pese a estar rodeado de numerosas narraciones fascinantes, pronto empezó a aburrirse en la pequeña librería.

—No puedo entender —dijo una noche, ya harto— por qué pierdes tanto el tiempo en esta tienda. ¡Si esto no tiene perspectivas!

—Sven... es lo que deseaba mi tía. Ni siquiera sabemos dónde está ni cómo le va...

—Entonces es que todo esto le importa un bledo, y tú deberías seguir su ejemplo.

Luego sopló el polvo inexistente del libro *El súbdito* y miró de mala gana hacia la calle, donde una grúa se movía entre unas obras.

—¿Qué me esfume yo también? ¡Vaya plan!

—Tonterías —protestó Sven, que no estaba para bromas—. No deberías seguir preocupándote por eso.

—¿Y si vuelve? Ojalá...

—Pues entonces que curre ella. ¿Quién fundó este tenderete? ¿Ella o tú?

—En lugar de hablar tan mal de mi tía Charlotte, podrías ayudarme un poco —contestó Valerie, tragándose el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—¿Necesitas ayuda? ¡Pues allá voy! —Dio media vuelta, subió los dos peldaños que daban al despacho, tomó papel y lápiz y anotó unos cuantos puntos decisivos. Luego apoyó medio trasero en el borde de la mesa y soltó una perorata en tono aleccionador—: Lo primero que deberías hacer es un análisis de los clientes potenciales. ¿Quién compra en esta barraca?

—Eh... De momento, yo diría que casi exclusivamente clientes casuales. Muy pocos, en todo caso.

—Cuando sepas para quién estás aquí sentada y qué clase de gente esperas —continuó Sven impertérrito—, has de emprender el proyecto de afinamiento del perfil. De lo contrario, perderás como mínimo a la mitad de tu clientela ideal. No pienses en las ventas de poca cuantía. Si tienes tres clases de clientes, céntrate en las dos más lucrativas y deshazte de la tercera.

—Tres clases de clientela estaría genial, Sven, pero tal y como están las cosas ni siquiera...

—Optimización del proceso y maximización de los beneficios —dijo el joven con un leve temblor en la voz, mientras se le movía un rizo en la frente—. Esas son las medidas que debes tomar. Una tienda no va bien porque se intente comprender qué

han hecho mal otros, sino porque se averigua cómo se puede hacer bien.

Aunque en ese momento Valerie odiaba a Sven por su visión de las cosas y encontraba ridícula su afectación, quizá no le faltara razón en su diagnóstico. Y sin embargo, todo lo que acababa de decir Sven le sonaba tan absurdo y disparatado que no podía tomárselo en serio.

—O bien... —dijo ella, y se levantó—, o bien el secreto de una buena librería estriba en otra cosa completamente distinta —añadió, apartando a Sven y empujándolo hacia la puerta trasera.

—Claro —dijo Sven lacónicamente—. A la vista está.

—Soy la primera en saber que la tienda no ha ido nunca bien. Pero créeme, si la cosa fuera tan simple y se arreglara con un análisis de los clientes potenciales, una optimización del proceso y toda esa retahíla, logrando al final un enorme caudal de beneficios, entonces cualquier cretino se forraría con una librería.

—Gracias por llamarme cretino —refunfuñó Sven, mientras se resistía a que lo empujaran hacia la puerta—. ¡Pero bueno! ¿Qué haces?

—Vete a casa, Sven. Todavía tengo para rato. Voy a seguir con mi alquimia. Sal por el patio de atrás.

—¿Alquimia? —masculló Sven desconcertado—. ¿Es que ahora te has vuelto poeta o qué?

Valerie sintió un gran alivio cuando se cerró la puerta y dejaron de oírse los ruidos de fuera. Sven se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y salió zumbando. Y Valerie podría haber jurado que, a su espalda, un batallón de libros se reía por lo bajini.

Pero ella no estaba de humor. Desde hacía algún tiempo, las cosas no iban bien con Sven. La culpa la tenía Ringelnatz & Co.; de eso no cabía la menor duda. En febrero del año anterior habían estado pensando en compartir un piso en lugar de vivir cada uno en un apartamento, que salía carísimo. Pero desde la desaparición de Charlotte no habían vuelto a sacar el tema. Y mientras observaba cómo Sven doblaba la esquina y desaparecía, de nuevo surgió ante ella la imagen de aquel otro joven misterioso. De qué manera tan distinta había abandonado la tienda. Aunque en realidad no la había abandonado del todo, como Valerie tenía que admitir sinceramente, pues con demasiada frecuencia creía notar su presencia, y muy a menudo oía su voz: «Podría pasarme aquí toda la vida».

De nuevo sintió que se le formaba un nudo en la garganta que no se le quitaba ni con la mejor voluntad, hasta que por fin rompió a llorar como una magdalena. Reprochándose su conducta, Valerie miró hacia los libros, que callaban avergonzados. Finalmente, se sonó la nariz, guardó uno de los clasificadores con cartas en el enorme bolso que ahora llevaba siempre para poder transportar incluso unos cuantos libros, y abandonó la tienda. Al pasar reconoció el hocico de *Grisalla*, que asomaba por un saliente del muro.

—Vaya, tú por aquí —dijo, y se detuvo—. Hoy no te he dado nada... Perdona. —

La rata la miró con curiosidad—. Espera.

Valerie volvió a abrir rápidamente la puerta, sacó un platillo del armario, vertió un charquito de leche y lo colocó en el alféizar de la ventana. Luego cerró de nuevo la puerta y se puso junto a la ventana, cerca del animalito. *Grisalla* no se intimidaba ante ella; llevaba ya un tiempo familiarizada con la joven. A Valerie le había llamado la atención que la rata estuviera un poco regordeta. ¿Sería por la leche? Pero luego vio que la tripa le crecía a demasiada velocidad.

—¡Estás embarazada! —exclamó Valerie en voz baja, contemplando fascinada a su amiga—. Claro, seguro que vosotras engordáis muy deprisa. ¡Por eso te has puesto tan rolliza!

De pronto, se le ocurrió una idea. Se acercó a una de las estanterías y eligió una antología de poemas de Mascha Kaléko.

—¿Conoces este? —le preguntó a *Grisalla*—. Se llama «Carta desde una tierra vehemente». ¡Escucha!

Desde esta tierra lejana,
te escribo a la sombra de un árbol
que ayer aún no estaba,
pues aquí todo crece de un día para otro.

Apenas brota un plan, ya se ha cumplido...
Si miras voluptuosamente a una mujer,
ya eres su hombre,
y tu deseo engendra un hijo.
Aquí todo es como el viento,
que esparce las semillas sin pararse a pensar si echarán raíces.
Si contemplas una estrella con amor,
te lanza un destello y ya es tuya...

Al terminar de leer el poema, por alguna razón, Valerie se puso otra vez a llorar, tal vez porque temía perder pronto a *Grisalla*, que tendría que ocuparse de la descendencia...

Dejó el libro aparte.

—Solo espero que tu hombre no sea tan borde como el mío.

Dicho lo cual, abandonó apesadumbrada el patio trasero y se marchó a casa. Por muy bonita que fuera la tienda y por mucho que se hubiera encariñado con todos los libros, a veces era un consuelo librarse de la carga de la responsabilidad y, sencillamente, acurrucarse en el sofá o tomar una copa de vino con los amigos.

Nueve

Últimamente solo sacaba tiempo para ducharse, para dormir, para leer sin que la molestaran y, de vez en cuando, para tomarse un café. Apenas había usado el ordenador de su rincón de trabajo, y en la nevera reinaba un vacío crónico; sencillamente, Valerie no tenía tiempo de ir a la compra. Llevar una tienda suponía tener ocupadas las horas de comercio. Por otra parte, cada vez que llegaba a su casa, que era un pequeñísimo apartamento, se extrañaba de lo profanas que eran esas cuatro paredes: sin samovar. Sin dieciocho clases de té. Sin una ratita con la que charlar. Sin un sillón de lectura que parecía de anticuario. Y sin apenas libros o, más bien, con libros de texto y unos cuantos cómics Sven que había llevado en algún momento Sven.

Echando la vista atrás, Valerie tuvo que reconocer que, ya desde los primeros días, le daba la sensación de que realmente llegaba a casa cuando entraba en la librería. A veces se encontraba muy rara en su casa, como si el apartamento fuera parte de otra vida muy distinta, y Ringelnatz & Co. parte de *su* vida.

Algunas de las cartas que se había llevado eran muy emotivas. Una profesora daba las gracias a la tía Charlotte porque a través del libro que le había recomendado la librera como lectura de clase (por desgracia, no ponía qué libro era), «al fin he podido recuperar la comunicación con mis alumnos, pese a que nunca he obtenido el permiso de la dirección escolar para leer esa novela. Pero quizá esto también haya contribuido a lograr mi propósito: hice un pacto con los alumnos y, durante el tiempo de lectura, éramos una sociedad secreta. Ha de saber que así es como me imaginaba hace muchos años lo de ser profesora... hasta que me topé con la realidad. Sin embargo, ahora, gracias a usted, sé que existen otras realidades».

De ello daba fe Valerie. Sven, por ejemplo, tenía una realidad muy distinta de la suya. Y el piso en el que vivía tenía otra muy diferente a la de la librería de la tía Charlotte.

Otra carta estaba escrita con una caligrafía preciosa, con tinta de color azul claro:

Querida librera:

Para cuando usted reciba esta carta espero estar en el Techo del Mundo. Será la última estación de un largo viaje al que usted me ha enviado sin poderlo siquiera intuir. Aunque, a decir verdad, alguna noche me he preguntado si usted realmente sabía lo que hacía al poner en mis manos, y en mi corazón, este libro, esta historia mágica, increíble y fascinante que inmediatamente se convirtió en mi historia. Desde hace casi un año sigo capítulo a capítulo, estación tras estación, y descubro cómo podría haber sido mi vida. ¡No! Como ha sido realmente. ¡Gracias a usted, querida amiga! Usted me lo ha cambiado todo al darme este libro, que hizo de mis sueños realidad y que aún sigue haciéndolo. A veces me adelanto a leer algún capítulo de más, pero no me atrevo a conocer el final. Otras veces hojeo hacia atrás y vuelvo a reconocerlo todo. Pero ahora ya me falta poco para terminar y sé que pronto regresaré a la vida cotidiana, donde espero que volvamos a vernos. De todos modos, una cotidianeidad como la que conocía antes, ya no la habrá. No; ahora sé que hasta el fin de mis días celebraré cada día de mi vida. Si me quedaran diez años de vida, desearía recibir diez libros como este y poder leer cada uno de una manera distinta. Así disfrutaré de la incertidumbre y me lanzaré alegremente a todas las aventuras. ¡Gracias,

mil gracias!

Cordialmente,
G. Zurhoven

A Valerie le habría encantado saber qué extraordinaria lectura le había enviado su tía a la señora Zurhoven. Pero pese a que le había llegado al alma, de eso no decía nada la carta. La clienta debió de pasar un año entero con esa lectura. Resultaba difícil imaginar que un solo libro le hubiera durado tanto, a no ser que fuera la Biblia. Curiosamente, esa carta no era la única en la que se hablaba de pasar un año con un solo libro. Una misiva, que parecía escrita por una pluma muy joven, le emocionó particularmente:

Querida Charlotte (gracias por permitirme llamarla así):

Cuando hace un año ingresé en la clínica, pensé que se me había acabado la vida. No podía imaginarme sentada para siempre en una silla de ruedas. Mañana me dan el alta, justo el día que cumpla catorce años. Aún sigo en la silla de ruedas y seguramente tenga que seguir toda la vida. Se me hará duro. Pero ahora sé que mi vida no se ha acabado. Fue usted quien le dio a mi madre este libro para mí y le estoy muy agradecida. He estado leyéndolo a lo largo de todo el año que he tenido que pasar en la clínica. Al principio, su libro fue lo único que me mantenía con vida. Mi madre me lo leía en voz alta. Primero no podía concentrarme. Pero luego, en algún momento, me vi metida de lleno en el libro. No sé si se lo puede imaginar, pero me sentí muy involucrada en la historia, como si en realidad fuera mi propia historia. Soñaba con todos los sueños que aparecían en el libro, y desde la ventana veía a todos los personajes de los que hablaba. Pronto empecé a leerlo yo misma y descubrí tantas cosas buenas que ahora amo la vida. La amo mucho más que antes del accidente. Tanto la amo, que casi estoy agradecida de que me pasara aquello. Quizá suene un tanto disparatado, pero esa es la verdad. Mientras escribo esto, estoy viendo un par de motas diminutas de polvo danzando al sol. En realidad, en la habitación no debería haber nada de polvo. Pero bailan una danza tan maravillosa que me alegro de que haya quedado un poco de «suciedad». Cuando todavía estaba «sana», no veía casi nada, no me fijaba en lo que había a mi alrededor ni me paraba a pensar en nada; ni siquiera tenía verdaderos sueños. Ahora tengo todo eso y me da la sensación de que es cuando al fin entiendo lo maravilloso que es estar viva. Eso se lo debo a usted. Y quería que supiera lo mucho que ha hecho por mí. Gracias.

Nina F.

Valerie se preparó una taza de café en su vieja cafetera exprés. Después de dar alguna que otra sacudida con el borboteo, la cafetera desprendió un aroma que inmediatamente le recordó a su madre, que siempre hacía el café como antes, cuando el mundo aún no tenía fisuras, en la infancia, en casa, en una época en la que su padre no era el cínico en el que se había convertido ahora, sino quien todos los años hacía el ridículo disfrazándose de Papá Noel, todos los inviernos hacía con ella muñecos de nieve, cada Nochevieja preparaba un ponche especial para niños, los cumpleaños de Valerie subía con ella a la torre de la catedral, y todos los veranos se metía en un atasco, aunque protestando, para que pasaran juntos unas tranquilas vacaciones en el sur. Cuando cada año florecía el cerezo del jardín y le sacaban una foto a Valerie junto con la hija de los vecinos. Cuando cada Semana Santa la casa olía a pan de pasas y, en otoño, su madre confitaba fruta. Así pasaban los años y nadie se daba cuenta de lo maravillosos que habían sido. La que menos lo notaba era Valerie. Cómo le gustaría saber qué habría sido de la chica que había escrito esa carta. Pero no había

remite y ni siquiera ponía el apellido completo.

Volvió a sentarse con el café en el sofá cama, que Valerie no había plegado desde hacía varias semanas y en el que se había limitado a poner de vez en cuando sábanas limpias, y se colocó de nuevo sobre el regazo el clasificador con las cartas. Después de hojear unas cuantas, comprobó que el famoso actor cuya misiva le había leído Sven en voz alta en la tienda había escrito más de una carta a su tía.

Estimada Charlotte:

El día de Nochebuena, al fin regresé al refugio de mis queridas montañas. Qué alegría tan grande me llevé cuando al llegar me encontré con su envío de libros, mucho más valioso que todos los regalos navideños que ya había recibido. Pero ¿se puede saber qué ha querido decirme con esa sentimental *Carta de una desconocida*, de Stefan Zweig, a quien por lo demás admiro, como es natural? ¿Acaso no sabe que soy una de las personas más melancólicas que existen bajo el sol? Más de mi agrado ha sido el humor lacónico de Alan Bennett, cuyo libro también me ha enviado. Sin embargo, nada es comparable con su obra *Una lectora nada común*, ni siquiera la maravillosa farsa trágico-cómica de *Così fan tutte*...

A continuación, el insigne actor pasaba a describir sus enfermedades y sus desdichados (es decir, fallidos) amoríos (es decir, conquistas). Por mucho que su carta derrochara cumplidos y lisonjas, al mismo tiempo se notaba lo enamorado que estaba de sí mismo. Si expresaba gratitud, lo único que le importaba era hacer alarde de sus conocimientos; si pedía perdón, no buscaba más que compasión, y si se mostraba compungido, era por pura vanidad. En el preciso momento en que Valerie iba a tirar a la papelera la insulsa carta, le llamó la atención la larguísima posdata:

Cómo disfruto recordando aquellas deliciosas tardes en el reservado en que convertiste tu encantadora tiendecita, el vino que nos tomábamos y la ternura que había entre nosotros. ¡Ay, ojalá tuviéramos veinte años menos! O mejor aún, ¡treinta años menos! Pero después de tanto tiempo, ya no me atrevo a mostrarte mis respetos ni a revelarte mi decadencia y decrepitud. No; prefiero que tu mirada interior me vea como entonces me contemplaban tus negros diamantes. Has de saber que a cada compás de Shostakóvich escucho el latido de tu corazón, como antaño tras tu cortina de pecaminoso color rojo en las apacibles horas de nuestra primera vida. ¿Conservas aún el gramófono? No, seguro que ya no existe... como tantas otras cosas que se han perdido para siempre.

Te envía un saludo anegado en lágrimas,
Tu Noé

¡Vaya bombazo! ¿La tía Charlotte, la frívola amante de un gran actor y notorio mujeriego? ¿La tía Charlotte?

—No me lo puedo creer —balbuceó Valerie una y otra vez, mientras recorría la casa con la carta en la mano—. ¡La tía Charlotte, la querida del famoso Noé!

De repente, empezó a ver con otros ojos la tienda. La cortina: ella también la había corrido hacía poco estando con Sven... El sillón de lectura, en el que ellos... ¿Y si la tía...? No, imposible. ¿O sí? Al fin y al cabo, las señoras mayores no han sido toda la vida señoras mayores. Y treinta años atrás, o sea, antes de que naciera Valerie... En fin, tía Charlotte tendría entonces unos cincuenta años, de manera que seguramente fuera todavía una mujer de indiscutible atractivo.

—Ay, títa, títa... —murmuró Valerie, a la vez que se desplomaba en el sofá cama—. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Diez

Las compañías de asesoría empresarial valoran que sus empleados pasen una temporada en el extranjero. Viajar a otro país mejora el aprendizaje de una nueva lengua, agudiza la sensibilidad con respecto al mercado globalizado y otorga a los futuros cargos directivos cierta familiaridad con el mundo. Pero sobre todo evita que los jóvenes empleados echen raíces demasiado profundas. Pues quien se ata desde el principio e incluso trae descendencia al mundo, supone un impedimento para la empresa y, además, hace que su empleador se enfrente a retos de carácter jurídico-laboral de una envergadura cada vez mayor, que por regla general obstaculizan los desafíos comerciales.

Ahora bien, existen personalidades fuertes que se sustraen a que la empresa las acapare demasiado, que tienen más en cuenta lo que les dicta el corazón que el «hacer carrera». Y por otro lado, están aquellos a quienes después ensalzamos como héroes de la economía y encomiamos por su valor, su tesón, su espíritu empresarial y su capacidad de sacrificio.

Por desgracia, no se podía negar que Sven pertenecía a esta última categoría. Hasta ahora no había llegado nunca tarde a una reunión, no había considerado innecesaria ninguna comida de trabajo y no se le había hecho largo ningún viaje de negocios. De modo que la oferta de ir a Doha «para pasar unos meses y, si acaso, incluso más tiempo» le resultó totalmente irresistible. Doha, la capital de Qatar, en el Golfo Pérsico. Aquello no solo sonaba exótico e incomparable con todo lo que había oído hasta entonces, sino que sobre todo sonaba a un considerable aumento de sueldo y a una prolongación del contrato de, como mínimo, un año más.

Y así fue cómo Valerie, una noche de julio —fuera hacía una temperatura tan deliciosa que había sacado una silla a la calle, delante de la puerta, una botella de vino (naturalmente una copa) y acababa de abrir un librito maravilloso— recibió un mensaje en el móvil: «¡Doha mola mazo!». Entonces ella tecleó: «¡Guay! Me alegro mogollón por ti». Luego borró la última frase. El «¡guay!» lo convirtió en solo «guay». Luego borró «guay» y puso: «¡Wow!». Y finalmente...

Se sirvió otra copa de vino, la balanceó un poco y se la acercó a la nariz. Mientras el aroma a zarzamora, espliego, abeto, roble y vainilla acariciaba sus sentidos, se fijó en una familia que descendía por la calle a cierta distancia. La mujer llevaba un pañuelo a la cabeza; el hombre, barba, y el niño, un algodón de azúcar tan grande que le tapaba la cara. Alzó la vista hacia la ventana iluminada de enfrente, tras la cual se recortaba parte de la silueta de una mujer que se movía de acá para allá. Quizá estuviera haciendo una masa, o tocando la guitarra o el piano, o puede que estuviera sentada encima de su novio; en cualquier caso, daba la impresión de que lo que hacía lo hacía con pasión. La familia desapareció enseguida. Pronto se acabó la copa. La luz de la ventana no tardó en apagarse. Y Valerie desconectó el móvil.

—Buen viaje —susurró.

Luego, a la pálida luz del anochecer, con la que se mezclaba la no menos pálida luz de las farolas, abrió el libro. Y mientras una suave brisa de verano se llevaba el recuerdo de Sven, una frase la trasladó a otra época y a otro lugar:

Los copos de nieve, siguiendo su trayectoria, han cuajado de estrellas las paredes de los edificios colindantes, y también la ropa de los primos, cuyos sombreros ha arrancado el fuerte y fresco viento procedente de Delaware; ahora los muchachos ponen los trineos a cubierto, secan y engrasan con esmero los patines, depositan los zapatos en el zaguán de la entrada trasera y, con los pies enfundados en calcetines, irrumpen en la enorme cocina...

Más de mil páginas la esperaban. Su primer libro verdaderamente grueso. De todas maneras, no era uno de esos que la tía dejaba sin comentar porque lo considerara imprescindible y que, por lo tanto, no requería ninguna explicación. En este había anotado sencillamente: «La primera frase más bella de la historia de la literatura. El libro entero es un poema».

Pronto comprobaría que se trataba de un libro que no podía ser explicado, una obra que, como el *Ulises*, de James Joyce, era tan irresistible como ilegible, tan misteriosa y enigmática, que tras su lectura quedaba la difusa sensación de haberse asomado a un mundo inusitado lleno de criaturas extrañamente familiares, más que la certeza de haber comprendido las vicisitudes de los personajes.

En la magistral obra de Joyce su tía también había incluido su tía un comentario: «Extracto de carne Liebig. No se puede comer, pero con él se seguirán haciendo muchas sopas (Tucholsky)».

Había unos cuantos mamotretos parecidos que Valerie puso en un montón aparte para dedicarse a ellos en momentos de autoestima exagerada. Entre ellos figuraba *La montaña mágica*, de Thomas Mann, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, *Los demonios*, de Heimito von Dederer, *La broma infinita*, de David Foster Wallace, y *Jonathan Strange y el señor Norrell*, de Susanna Clarke (con un comentario de tía Charlotte: «Un libro como de otra época. ¡Qué gran narradora!»). Todos ellos pesos pesados; nada más hojearlos se percibía su considerable calibre. Género literario voluminoso. A Valerie le daban mucho miedo estas obras. Pero según una vieja perogrullada, el miedo siempre se le presenta a uno cuando va bien encaminado. Así pues, cuando estaba harta de la monótona y desesperante administración de la tienda, Valerie seguía el hilo del miedo y se adentraba en las aventuras de esos poderosos tochos.

Como aquella tarde, cuando ya estaba harta de «administrar» la relación con Sven, en la que había dejado de haber sorpresas (¿las había habido alguna vez?), en la que la pasión había sido sustituida desde hacía mucho tiempo por el sexo (¿acaso había habido pasión alguna vez?), en la que casi todas las conversaciones giraban en torno a los marcos de referencia, la gestión de liquidez o, simplemente, el espíritu empresarial (¿eran realmente conversaciones?). Debería haber guardado duelo una temporada, hasta olvidar del todo la relación. En cambio, se consagró a *Mason* y

Dixon, de Thomas Pynchon, y dejó que un raudal de historias delicadamente entretejidas, al tiempo que vaporosas como maripositas azules, inundara el asunto. Y mientras ella se sumergía en el oscuro fondo del relato sobre dos agrimensores, en la superficie, un hombre joven, del que bien podemos prescindir en el sucesivo transcurso de esta narración, se iba alejando...

El verano obsequiaba a la ciudad con unos días radiantes y unas noches suaves. El barrio estaba animadísimo; delante de las tiendas la gente se sentaba formando grupos pequeños, y a veces también grandes, y se ponía a charlar hasta bien entrada la noche. De repente, Valerie dejó de sentirse marginada con su mesita y su té al aire libre. De cuando en cuando, incluso se le acercaba alguien y le ofrecía un dulce exótico (siempre un poco empalagoso) o la invitaba a sentarse con otra gente, como, por ejemplo, con los dueños de la frutería Gülenstan, que, protegida por una enorme marquesina, se hallaba a varias manzanas de distancia y, pese a todo, aromatizaba todo el barrio con sus fragancias orientales. Gente simpática, difícil de entender por su extraño pero gracioso acento; los hombres, cortésmente reservados, y las mujeres, más abiertas. Pero todos ellos de una cordialidad como Valerie no había conocido en su vida, ni siquiera en su propia familia. Al final acababan entendiéndose, hacían bromas, reían, tomaban té (en la segunda visita, Valerie llevó uno de los tés del surtido de la tía Charlotte) y agradecían el buen tiempo que hacía ese verano, que a cada cual le traía el recuerdo de un lugar diferente: a uno su patria chica, Esmirna; a otro su infancia en el mar; Valerie, en cambio, se acordaba del libro *Michel de Lönneberga*, de Astrid Lindgren, cuyos cuentos le leía de pequeña su madre y en los que siempre era verano y reinaba la alegría y el desenfado.

Y luego llegó una carta escrita a mano que, con una letra tan vigorosa como esmerada, no iba dirigida a la tía Charlotte, sino «A la joven y encantadora librera de Ringelnatz & Co.», y que dejó conmovida a Valerie. Era una carta breve, a la que acompañaba un librito pequeño:

Estimada desconocida:

En una pequeña librería de Praga he descubierto esta encantadora novela epistolar. Me acordé de usted (como cada vez que entro en una librería) y espero darle una pequeña alegría al enviársela. Tal vez no; quizá ya no se acuerde de mí. Pero en su tienda encontré un libro que llevaba mucho tiempo buscando en vano porque existen muy pocos ejemplares de él: *Una librería con magia*. De modo que usted, sin saberlo, me ha cambiado la vida y siempre la llevaré en mí... seguro que intuye dónde. Si yo fuera Cyrano de Bergerac, me atrevería a...

Le envía un saludo muy cariñoso...

La firma era ilegible, como si la hubiera escrito con las letras de otro alfabeto.

Valerie se quedó durante un buen rato petrificada, muda, mirando esa letra que revelaba sabiduría y don de gentes. Finalmente, abrió el librito: *84, Charing Cross Road*, de Helene Hanff. Pero no podía leer. De sus ojos no se borraba la imagen de aquel joven que había aparecido en su tienda tan de repente como había desaparecido. Tomó el sobre y le dio la vuelta. Pero no tenía remitente.

Un ruidito procedente de la ventana del patio la sacó de sus pensamientos. Un arañazo, un roce apenas perceptible.

—Ay, *Grisalla* —suspiró Valerie, mientras abría la ventana y miraba los ojitos brillantes de su vieja amiga. Preparó un cuenco de leche y se lo puso en la repisa de la ventana. La rata aún no había recuperado su figura anterior. Pero era evidente que ya había parido—. Te felicito —dijo Valerie—. Seguro que eres feliz.

Naturalmente, de vez en cuando entraban clientes en la pequeña librería, e incluso compraban libros. En una ocasión, una señora mayor con un vestido estampado de flores, típico de Laura Ashley, se puso a rebuscar entre los libros y eligió un buen montón de cuentos infantiles para sus nietos (no sin antes dejarse aconsejar profusamente por Valerie, para luego tomar una decisión completamente alejada de sus recomendaciones). Como le pidió que le enviara los libros a casa, Valerie tuvo ocasión de conocer una villa algo decadente, pero muy señorial, cercana al parque de la ciudad, así como a un perro de aspecto terrorífico, aunque completamente inofensivo, que protegía la finca y a su marchita propietaria.

Al principio, Valerie había concebido la sospecha de que podía tratarse de una de esas clientas a las que les gustaba comprar, pero les disgustaba pagar. En cualquier caso, el examen de los libros de caja y de la lista de partidas abiertas había dado por resultado un cobro pendiente de la friolera de veintiocho mil euros, una cantidad increíblemente elevada, sin contar intereses simples y compuestos. Ahora que echaba la vista atrás, Valerie se daba cuenta de que había tardado mucho, demasiado tiempo, en prestarle atención al asunto. Sin embargo, de vuelta de casa de la anciana tomó una resolución. Tal vez fue la certeza de su situación precaria lo que le dio fuerzas, o quizá fuera simplemente la desesperación. El caso es que en la caja entraba poquísimos dinero, y aunque cubría gastos, necesitaba ciertos ingresos para vivir. La cuenta del banco de Valerie llevaba dos semanas en números rojos; ganaba poco menos que nada, y pronto se produciría un estancamiento en su vida económica que la pondría en serias dificultades. Podría haberlo consultado con su padre, desde luego. Pero no quería. De todas las soluciones que se le ocurrían esa era la única que no contemplaba. Porque su padre la tomaría por una mala economista, como había hecho con la tía Charlotte. La diferencia estribaba en que su tía despachaba el asunto encogiéndose de hombros y sonriendo plácidamente, mientras que Valerie se sentiría

ofendida. No; había otras soluciones.

Cuando regresó a la tienda, se sentó junto al escritorio, sacó el clasificador con las cartas de agradecimiento y, asimismo, el clasificador que contenía la lista de las cuentas abiertas. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba, ni tampoco en reflexionar. En una hoja del maravilloso y anticuado papel de cartas de Ringelnatz & Co., bajo la atenta mirada de una joven madre de seis encantadoras ratitas, empezó a escribir:

Estimado señor Noé...

Once

Para una librería el verano es una época difícil. Es cierto que la gente lee en vacaciones, pero también lo es que compra pocos libros. Normalmente, ya se han encargado de comprar las lecturas de verano en primavera, y una vez llegada la estación estival, sencillamente, las leen. De vez en cuando, se pasaba por allí la chica de la frutería, una simpática adolescente con una preciosa melena rizada negra, que solo se recogía provisionalmente bajo un pañuelo bastante moderno. Sin embargo, le interesaba más charlar con Valerie que los libros. De lo que ella leía apenas había existencias en la tienda de la tía Charlotte. Valerie anotaba los pedidos de la chica, que respondía al bonito nombre de Siba, pero dudaba sobre si pedir más ejemplares de ese tipo de libros. No porque le parecieran demasiado ingenuos (¿quién era ella para juzgar eso?), sino porque le daba la impresión de que desequilibrarían el sutil sistema al que obedecía la tienda.

Cuanto más tiempo llevaba en la librería, más se percataba de su carácter peculiar. Si hubiera sido suya, no habría dudado en cambiarlo. Pero aún tenía la esperanza de que la tía Charlotte acabara apareciendo algún día. De modo que tomaba nota de los pedidos de Siba y los ponía en manos de la eficaz gestión de los muy fiables distribuidores de Charlotte. De vez en cuando, tomaba el té turco que llevaba la chica y enseguida se ponían a conversar sobre si Estambul era o no era una ciudad moderna, o bien Siba le preguntaba si debería leer los libros turcos en turco o en alemán (aunque era evidente que no le interesaban lo más mínimo los libros de autores turcos, al contrario que a Valerie, que de repente había quedado cautivada por la lectura de *Me llamo Rojo*, de Orhan Pamuk), o a qué instituto creía ella que iría el chico que los fines de semana trabajaba de repartidor de Pronto *Pizza* (por el que, en cambio, se interesaba muchísimo).

Así fueron pasando los meses, mientras el año iba avanzando imperceptiblemente y se desarrollaban las aptitudes de Valerie relacionadas con el comercio del libro, sin que ella apenas se diera cuenta. Hacía ya mucho tiempo que había descartado liquidar la tienda. A estas alturas, la idea le parecía completamente absurda. Al fin y al cabo, la tía Charlotte no le había pedido: «¡Liquida mi negocio!», sino que solo deseaba que Valerie se encargara de él. Y eso fue lo que hizo. Toda la primavera y todo el verano.

Una mañana de septiembre, se dio cuenta por primera vez de su presencia. El chico aparecía delante del escaparate como surgido de la nada, un poco al margen, tras el telón de teatro recogido, donde apenas se le veía. Tenía la cara alargada y quizá algo pálida. Pero los ojos le brillaban de curiosidad y escudriñaban el escaparate muy

concienzudamente, mucho más que cualquier otro que se hubiera parado a echar un vistazo desde que Valerie regentaba la tienda. Si lo miraba con atención, podía distinguir cómo movía levemente los labios.

En lo sucesivo, aparecería todos los días. Todos los días de clase, para ser exactos. Valerie calculó que estaría en cuarto o quinto curso, aunque resultaba difícil decirlo con precisión. A veces dudaba un poco al pasar por la puerta y luego seguía andando, para examinar igual de detenidamente el otro lado del escaparate, cosa que a Valerie le extrañaba, pues ni cambiaba con tanta frecuencia el escaparate ni tenía libros infantiles. ¿Y por qué no?, pensó al ver una vez más al chico, y decidió poner también libros para jóvenes lectores y cambiar de vez en cuando la decoración del escaparate. Puesto que ahora la responsable era ella, no había ningún motivo para limitarse a exhibir los libros que había elegido su tía... por muy buenas o desdeñables que hubieran sido sus razones.

Y así fue como un buen día, el chico paseó su despierta y curiosa mirada por una nueva serie de libros del escaparate. Una mirada que cobró de repente vida al encontrarse con algo completamente desconocido, hasta que finalmente se detuvo en un precioso y pequeño volumen situado al borde del escaparate. Valerie había colocado allí una edición de *Despereaux*, de Kate DiCamillo.

El chico pasaba todos los días al mediodía, seguramente de camino a casa, de modo que no era difícil acecharlo. Al amparo de la gran cortina, Valerie podía observarlo divinamente a través de la ventana. Acordándose de su propia infancia y juventud, se sentía incapaz de reprimir una sonrisa. En efecto, de pequeña había días en que literalmente devoraba libros, uno tras otro, y cuando faltaban reservas, volvía a leer una y otra vez los que tuviera a mano.

Al día siguiente, ocurrió algo especial: el chico entró en la pequeña librería. Sin dudar un momento y sin el más mínimo atisbo de vergüenza, cruzó el umbral, dejó la mochila junto a la puerta y se puso a mirar la tienda en la penumbra. Valerie, que llevaba tiempo esperándolo, lo observó medio escondida tras una larga escalera que tenía para llegar a los estantes más altos en la zona de los libros de ocasión.

El muchacho aspiró profundamente el aroma de la tienda con los ojos cerrados. Luego hizo un gesto de aprobación y se volvió hacia la estantería más cercana.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Valerie, asomándose por la escalera.

—No es necesario, gracias —respondió el chico en un tono un poco repipi—. Solo quiero echar un vistazo.

—Muy bien. Si me necesitas, estoy en el despacho —dijo ella, y señaló los peldaños que llevaban a él.

Luego se puso a hacer algo de contabilidad. Con el rabillo del ojo vio al chico examinar los lomos de los libros.

—Los libros infantiles están junto a la puerta, a la izquierda —añadió.

—¡Ah! —se limitó a decir él, pero sin prestarle atención.

A cambio, sacó a E.T.A. Hoffmann y lo hojeó un poco; luego, unos relatos de

Hemingway, después *El extranjero*, de Camus... Cada uno de los libros que elegía lo examinaba minuciosamente. Lo abría, deslizaba la yema de los dedos por el papel, le daba la vuelta, le quitaba el forro, acariciaba, cuando lo había, el registro... Pasó un tiempo enfrascado en Kant; cerca del sillón de lectura dio con Eichendorff, que escudriñó detenidamente, y luego se quedó prendado de *Tree of Codes*, de Jonathan Safran Foer, un libro tan enrevesado y embrollado que su lectura había dejado completamente desorientada a Valerie. Después de tirarse un buen rato con esta insondable y prodigiosa obra de la literatura americana moderna, el muchacho cerró el libro y lo colocó junto a la mochila.

Valerie carraspeó:

—¿Te importaría volver a dejarlo en la estantería?

Pero el chico se limitó a levantar la mano y, sin alterarse lo más mínimo, le contestó por encima del hombro:

—Es que me lo voy a llevar.

A Foer se sumaron libros de Daniil Jarms (*Me ves en la ventana*) y Maupassant (*Bel Ami*), así como la epopeya de *Gilgamesh*.

Ya había transcurrido la tarde cuando el chico se plantó delante de Valerie con su montón de libros y afirmó solemnemente:

—Me gustaría llevarme estos.

Valerie intentó leer en su rostro si lo decía en serio, pero por la cara de póquer del muchacho no pudo averiguarlo.

—¿Tienes todo ese dinero?

—Setenta y cuatro euros con noventa y tres. Claro.

Mmm...

Valerie alcanzó los libros y los puso encima de la mesa. Marcó los precios en la anticuada caja registradora, golpeó con el dorso de la mano en la tecla de confirmación, en la que por razones insondables ponía CAJA en sentido vertical, hasta que introdujo todos los precios; volvió a pulsar CAJA y se quedó mirando con curiosidad el *display*: una ventanita sin cristal tras la cual giraban unas ruedecitas negras con cifras grabadas en blanco que le anunciaron: «Setenta y cuatro euros con noventa y tres».

El muchacho echó mano al bolsillo del pantalón y sacó un billete de veinte euros.

—Esto es lo que le puedo adelantar —dijo y le tendió el billete.

—Ah, vaya, es que no lo puedo poner en cuenta.

—¿Poner en cuenta?

—Prestarte el dinero.

—No tiene por qué prestarme ningún dinero —dijo el chico, imperturbable—. En el fondo, solo me presta los libros. Hasta que los haya terminado de pagar. Luego me pertenecerán a mí.

—Eh... sí, claro —contestó Valerie, sorprendida por la lógica aplastante de su argumentación.

Y antes de que le diera tiempo a aclararle las normas sobre el tema del pago a plazos, el chico asintió con la cabeza y declaró:

—Bueno, entonces estamos de acuerdo. Como paso todos los días por aquí, cuando tenga dinero, sencillamente le daré algo.

De repente, Valerie se dio cuenta de lo que había pasado. Hasta ese momento no se le había ocurrido.

—¡Me estás tomando el pelo! —Se echó a reír algo insegura, pero se rió—. Se trata de una broma, ¿verdad? Estos libros no te interesan lo más mínimo. ¿Cuántos años tienes?

—Diez. ¿Y tú?

—Veinti... Vale, chaval, admito que me has engañado. Pero ahora quisiera cerrar la tienda y marcharme a casa.

—Oh, sí —respondió el chico—. A casa. Gracias por recordármelo. Mamá ya estará preocupada por mí. Me reñirá, porque me tiene cariño y esas cosas.

Tomó los libros para guardarlos.

—¡Un momento! —exclamó Valerie—. Ya es suficiente, ¿vale? Haz el favor de dejar los libros donde estaban; yo misma los recogeré. Toma, te devuelvo tus veinte euros.

Le tendió el billete, pero él lo miró extrañado.

—¡Pero si le he comprado los libros!

—Sí, pero no ibas en serio...

—Claro que iba en serio.

Al instante, los libros desaparecieron en su mochila y se la echó al hombro.

—Escúchame... —Valerie avanzó decididamente hacia él y le cortó el paso—. ¿Me puedes decir qué te importa a ti Jarms? ¿Y Maupassant? ¡Tienes diez años! A esa edad se leen libros para niños. Desde luego, no a clásicos franceses. Ni tampoco literatura actual americana de tipo experimental.

—¿Experimental? —repitió el chaval, con un destello en la mirada.

¿Qué se habrá creído este mocoso?, se preguntó Valerie, aunque al mismo tiempo sintió una enorme simpatía por el chico, que había entrado con tanta naturalidad, había explorado los libros, le había entregado todo su dinero y, ahora, estaba plantado ante ella como un filósofo y gran señor que hubiera retornado a la infancia. Tenía una mirada tan cargada de curiosidad y de entrega que desarmaba a cualquiera, por lo que de repente Valerie se sintió avergonzada. Carraspeó, señaló la mochila y preguntó:

—¿Por qué estos libros? ¿Por qué no *Despereaux*? O bien *Krabat y el molino del diablo*. O *Jim Botón y los trece salvajes*...

—Porque son los más bonitos.

—¿Los más bonitos?

—Sí. —El chico abrió la mochila, sacó el libro de Foer, escrito en inglés, y lo hojeó—. Mire esto; las páginas tienen unos agujeros a través de los cuales se leen distintas palabras. Cuando se pasan las hojas, se van descubriendo palabras nuevas.

Todo cambia una y otra vez, dependiendo de cómo se mire ¡Es genial! En la vida había visto un libro igual. Y los otros libros también son bonitos. En este de aquí... —Sacó el *Gilgamesh* de modo que asomara dos dedos—. Este tiene dos cordoncillos.

—Registros.

—Sí. Uno rojo y otro plateado. Eso me gusta. Es muy distinto de lo habitual.

—¿Lo habitual?

—Normalmente, las cosas que no tienen nada de especial están fantásticamente bien envueltas para que parezcan algo. Con los libros pasa lo contrario. El envoltorio nunca puede ser tan bonito como las historias que cuenta el libro. En fin, a veces también funciona con un bonito envoltorio; entonces da gusto leerlo y sostenerlo en la mano y mirarlo... ¡Huy, me tengo que marchar!

Al instante, salió por la puerta y desapareció en la penumbra. Valerie se quedó mirando cómo pasaba corriendo por delante de las otras tiendas, en las que solo importaba envolver artículos ordinarios de manera extraordinaria. Pues sí, nunca lo había contemplado desde ese punto de vista: en una librería la belleza de la forma no tenía nada que hacer al lado de la diversidad y peculiaridad de lo envuelto. Lo extraordinario de un libro se encontraba en su interior.

En lo sucesivo, el chico, Timmi, pasaba por allí todos los días, fisgaba por los rincones, leía, se sentaba incluso en el sillón de lectura, donde se leyó a DiCamillo casi entero y, a veces, hasta llevaba dinero y saldaba parte de sus deudas. Resultó ser un chaval completamente normal. Y al mismo tiempo, se salía completamente de lo normal. Una y otra vez, abrumaba a Valerie con sus conocimientos sobre literatura, que solían caracterizarse por estar contemplados desde un ángulo muy original, lo que les confería un significado que Valerie nunca habría deducido por sí sola.

—¿Cómo cuántos libros habrá aquí? —preguntó en una ocasión.

—Unos ocho mil.

—Ocho mil libros... —repitió Timmi maravillado.

—Pero ten cuidado. De muchos solo tengo un ejemplar.

Timmi asintió.

—De todas maneras solo es una mínima parte de todos los libros posibles.

—¿De todos los libros posibles?

—En total puede haber veintisiete elevado a la vigésimo séptima potencia de libros.

—Veintisiete elevado a la vigésimo séptima potencia. Mmm... Lo dices porque el alfabeto tiene veintisiete letras...

—Exacto. Desde luego, puede haber muchísimos más libros, si contamos todos los idiomas que tengan otro alfabeto. Pero si combinamos cada letra una vez con todas las otras letras, entonces...

—Entonces existen veintisiete elevado a la vigésimo séptima potencia de posibilidades de escribir un libro, ¿no?

—Suenan bien —dijo Valerie, y movió la cabeza a la vez que sonreía, pues nunca se había parado a pensar en eso.

Timmi suspiró.

—Pues a mí me parece que, de alguna manera, suena erróneo. Probablemente haya que multiplicar además por el número de páginas y por el número de renglones...

—¡Por el número de caracteres! —propuso Valerie.

—Sí. O habrá que elevarlo a la potencia del número de caracteres del libro. 27^x , siendo entonces x el número de caracteres de todo el libro. Pero me temo que también habrá que incluir en el cálculo los espacios en blanco y los signos de puntuación —constató Timmi.

—Buf, qué complicado —admitió Valerie.

—¡Qué va! Las mates están chupadas, porque todo obedece siempre a las reglas. Por eso me gustan tanto los libros. ¡En ellos siempre te encuentras con sorpresas!

Valerie hizo un gesto de asentimiento.

—Y aquí tenemos miles de ellos —dijo, y le guiñó el ojo—. Un surtido así no lo hay en ningún otro tipo de tienda.

—Bueno —dijo Timmi—. En realidad, usted solo vende veintisiete artículos diferentes.

Valerie se echó a reír.

—Es cierto. Tenemos de todo, pero solo de la A a la Z.

Por muy cuestionables que fueran sus cálculos matemáticos, ese dictamen era indiscutible.

Doce

Un bonito día de otoño, Valerie había vuelto a sacar a la calle la mesita y la silla, y por fin se disponía a leer un libro de quien daba nombre a su tienda. A media mañana había recibido a dos comerciales de editoriales, que le habían presentado sus próximos títulos. Siempre se sentía desbordada y, en cierto modo, asustada por la cantidad de novedades; era una marea tan inabarcable que para orientarse resultaban imprescindibles estos guías del sector.

Ahora pensó que le vendría bien relajarse y distraerse un poco. Sin embargo, para su sorpresa, los versos y las ideas de Ringelnatz no eran en modo alguno alegres y jocosos, sino que a menudo destilaban melancolía y empleaban unos argumentos sofisticados cargados de ternura, pero, en el fondo, un tanto pesimistas. La vida no era de color de rosa. Ni para él ni para nadie de este mundo. Y así fue cómo Valerie, que en realidad solo quería tomar el sol y animarse con unas cuantas páginas de tono ligero, pronto se puso de un humor sombrío y, mientras observaba a los obreros de la bocacalle de enfrente, empezó a meditar sobre la inutilidad y el carácter efímero de las cosas mundanas. Hasta que Timmi dobló la esquina, vio el libro que estaba encima de la mesita, luego alzó la vista hacia el letrero de la tienda y, meneando extrañamente la cabeza, como si fuera un vendedor ambulante indio, afirmó:

—Encuentro interesante que su tienda se llame Ringelnatz y tal.

—Ringelnatz y Co. —le corrigió Valerie.

—Es un nombre complicado.

—Bueno, no tanto. Es el nombre de un poeta —explicó Valerie, a la vez que Timmi se sentaba a su lado en el umbral de la puerta—. Y Co. significa que aquí no solo se venden libros de Ringelnatz, sino también de otros poetas.

—Pues vaya un nombrecito tan enrevesado que tenía ese poeta. ¿Tiene algo que ver con *Ringelblumen*, o sea, con las caléndulas?

—No lo sé. En cualquier caso, es un seudónimo. ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, pero con mucha leche, por favor.

—¡Claro que sí! —Entró en la tienda, sirvió en una taza té de la jarrita del samovar, no mucho porque Timmi solo tenía diez años, luego la llenó de agua hasta la mitad y añadió un chorrito de leche que guardaba en el pequeño frigorífico del despacho—. ¿Sabes lo que es un seudónimo?

Timmi asintió.

—Lo he oído alguna vez. Tampoco es difícil averiguarlo, aunque no sea latín. Seguramente venga del griego.

—¿Das latín en el colegio?

—Sí, es mi asignatura favorita. A usted puedo contárselo.

Valerie sonrió para sus adentros. Sabía perfectamente a qué se refería. Si se lo revelaba a sus compañeros de clase, al instante lo tacharían de empollón y lo

hundirían en la miseria. Por otra parte, un poco rarito sí que parecía. Otros chicos de su edad no se pasaban las tardes en una librería, calibrando libros desde puntos de vista estéticos.

—Podría significar «el nacido de la caléndula», si partimos de que *natz* viene del latín *natus*, nacido.

—Qué buena idea —dijo Valerie, notando el cariño que le había tomado al chico.

Cuando el muchacho no se pasaba por la tienda, Valerie se sorprendía a sí misma mirando una y otra vez hacia la puerta para ver si aparecía. Cuando se ponía a clasificar libros y encontraba alguno particularmente inusual, lo colocaba sobre la mesita, al lado del sillón de lectura, para que el chico lo descubriera allí en la visita siguiente. Si llovía, esperaba que se hubiera acordado de llevar un paraguas. Timmi se había vuelto parte de esta extraña situación en la que Valerie llevaba inmersa desde la primavera hasta muy entrado el otoño, y que cada vez le planteaba más dudas sobre cómo demonios llevar todo el asunto a buen fin.

Cuando al día siguiente Timmi apareció de nuevo por la puerta (no llovía y ella tampoco había hecho ningún hallazgo espectacular en materia de libros), Valerie fue a buscar una taza y, sin preguntarle nada, le sirvió té con leche. El muchacho aceptó la taza con una sonrisa, un gesto de aprobación y la mayor naturalidad del mundo. Luego se quedó mirándola con curiosidad.

—Me he estado informando un poco de lo de Ringelnatz. Ya sabes... —dijo Valerie.

—Lo del seudónimo.

—Sí. Parece ser que el propio Ringelnatz afirmaba que el nombre no tenía ningún significado. Y que lo había elegido únicamente porque sonaba bien. —Ella también se preparó una taza de té y se sentó en el sillón de lectura, mientras Timmi tomaba asiento en la banqueta, que como por casualidad seguía en el mismo sitio que el día anterior—. Pero algunos eruditos sostienen otra teoría. Unos opinan que el nombre deriva de *Ringelnatter*, que es una culebra de collar.

—¿De una serpiente?

—¡De una serpiente muy especial! La culebra de collar tiene su hábitat tanto en tierra como en el agua. Me parece una teoría muy aceptable; al fin y al cabo, Ringelnatz se dedicó un tiempo a navegar.

—¿Era marinero?

—Sí, señor.

—Qué guay. —Timmi olisqueó el té y luego se puso a darle sorbitos como si se hubiera perdido en una novela de Jane Austen y estuviera interpretando el papel de algún conde—. ¿Y la otra teoría?

—Ah, esa hace referencia a un concepto del mundo de los marineros: *Ringelnass*, que viene a significar «gusanillo mojado».

Timmi guardaba silencio mientras tomaba el té.

—*Ringelnass* es como llamaban antiguamente los marineros alemanes al caballito

de mar.

—Esa teoría me gusta. No me hace gracia que un poeta se llame como una culebra. Me gusta más que su nombre proceda de un caballito de mar —sentenció, dejó la taza sobre la mesita auxiliar y dijo—: Gracias. Me tengo que ir.

Y desapareció sin haber mirado ningún libro.

Cuando terminaron las visitas de Timmi a la pequeña librería, aún le faltaban por pagar cuatro euros. Sencillamente, dejó de aparecer por allí. En una ocasión, Valerie creyó verlo correr por la acera de enfrente, pero cuando salió a la puerta, el chico ya había desaparecido. Pasaron varias semanas hasta que el extraño vacío producido por su ausencia poco a poco fue llenándose mediante la rutina y los contratiempos de la vida cotidiana. Tal vez se hubiera mudado de casa, o a lo mejor había descubierto otras pasiones. Quizá ya no le daban la paga y se avergonzaba de sus deudas, pese a que Valerie le habría perdonado encantada la deuda contraída. Sin embargo, a pesar de que Timmi se convirtió pronto en una simple nota a pie de página de la historia de Ringelnatz & Co., algo de él quedó para siempre en la tienda: la curiosidad por contemplar las cosas desde un punto de vista muy diferente al habitual.

Trece

A veces la vida se revela como una serie de sucesos encadenados; otras, como un impetuoso torbellino de demandas a las que apenas se da abasto, y a menudo, como un caos. Pero las cosas de la vida siguen siempre un orden muy concreto: se suceden la una a la otra. A cada momento le sigue otro, y luego otro distinto, y a continuación otro más, y así sucesivamente, hasta que llega la hora final... Pero incluso después, las cosas siguen sucediendo bien ordenaditas, una tras otra.

El libro ha hallado una forma incomparable mediante la cual esa sucesión natural de las cosas se convierte en una simultaneidad natural: quien lee un libro desde la primera hasta la última línea, no hace sino adaptarlo al desarrollo tradicional de toda existencia. Pero a veces ocurre que abrimos un libro por la mitad, nos quedamos cautivados por una frase y seguimos leyendo a partir de ahí, convirtiéndonos, por así decirlo, en huéspedes del futuro. Sin embargo, algunos libros se prestan a ser abiertos y descubiertos en cualquier página. Entonces podemos encontrarnos con versos como:

El que creó el tiempo de la nada,
pues antes no existía,
lo dividió de tal manera que
después de ponerse el sol, saliera la luna.

Y nos está hablando desde tiempos antiguos un pintor, llamémoslo Miguel Ángel Buonarrotti, por boca de un poeta procedente de un pasado no tan remoto, llamémosle Rainer María Rilke, sobre la magia de lo efímero. Valerie se fue acostumbrando a no abrir ya los libros solo por la primera página. Empezó a picarle la curiosidad y a indagar qué pasaba en ese mismo instante en otro momento completamente distinto de la historia. Así podría haber puesto sobre aviso a Anna Karenina, otro libro de esos en los que la anterior librera no había hecho ninguna anotación. Podría haber ayudado a Nicholas Nickleby o a Harry Potter. Podría haberse enamorado perdidamente de mister Darcy, o haber delirado febrilmente con Hal Jam, de la enigmática parábola *Un oso quiere hacer carrera*, de Kotzwinkle.

A veces dejaba el libro que estaba leyendo encima de la mesita colocada fuera, ante el escaparate, cerraba un momento los ojos y se ponía a pensar en la vida, en su anciana tía o en Sven; en este cada vez menos. Luego lo tomaba de nuevo en sus manos y, simplemente, seguía leyendo por la página por la que lo había abierto el viento. En ocasiones, de este modo descubría un pasaje ya leído que le resultaba completamente nuevo; en otras, se topaba con una escena muy distinta y se metía en ella como en una vida que hasta entonces le era ajena. Descubrir un libro suponía elevarse por encima de las obligaciones de la vida cotidiana, pero también, en el

tiempo que duraba la lectura, abstraerse del aquí y ahora de la propia vida y trasplantarla a otro lugar.

Un día, recibió una carta de la universidad. Valerie había olvidado presentarse al inicio del semestre. Y ahora le comunicaban de manera un tanto prosaica que la habían borrado de la matrícula. Tenía que haber contado con eso, pero sencillamente no se había acordado. O dicho con mayor exactitud, no había pensado ni por un momento en la universidad. Un error. Ahora se le presentaba de golpe y porrazo la inexorable burocracia de la realidad.

Valerie contemplaba la carta como si fuera una notificación de impuestos, o un «último aviso», o una carta de amor del chico más tonto de clase. Al verla sobre el escritorio notaba que se ponía agresiva. ¿Qué había hecho ella para que simplemente la mandaran a paseo? Vale, se había saltado un par de exámenes, pero podría haberlos repetido el siguiente semestre, o el otro. También había hecho novillos en unos cuantos seminarios, o más bien en todos, pero la asistencia no era obligatoria. Si al final del curso tenía unos conocimientos aceptables, podía conseguir los últimos créditos y aprobar el examen, tal vez con mejor nota que si se hubiera pasado todo el día perdiendo el tiempo por el campus y tomando café con leche de máquina. Al fin y al cabo, lo que hacía en la librería no era sino economía empresarial aplicada; es decir, la puesta en práctica de la teoría que se aprendía en la facultad. En otras palabras: lo que hacía era mucho más importante, era *learning by doing*, ¡era auténtico!

—¡Maldita sea! —exclamó. Arrugó la carta y la tiró con todas sus fuerzas detrás de la papelera.

¿Y ahora qué soy?, se preguntó para sus adentros. ¿Una estudiante universitaria? ¿Una economista empresarial? ¿Una simple bachiller? Se levantó, respiró profundamente, notó que se le agolpaban las lágrimas, tragó saliva y suspiró. ¿Había echado por la borda seis semestres? ¿Toda la carrera había sido en vano? ¿Y a cambio de qué? Solo con el bachillerato ya podía ir olvidándose de todos sus sueños de convertirse en una gran asesora.

Dio media vuelta y miró acusadoramente hacia los libros, que seguían estoicamente en sus estantes, como si nada de eso fuera con ellos. Todos le daban la espalda; bueno, en su caso, el lomo. A ninguno le importaba un bledo lo que realmente les pasaba a los humanos. ¡Lo que le pasaba a ella! Hasta hacía poco, todavía era una estudiante universitaria. ¿Y ahora?

—¿Y ahora?

Agarró la chaqueta, sacó la llave del escritorio y, en menos de cinco segundos, ya estaba fuera, donde la neblina rodeaba las farolas emitiendo destellos dorados.

—¿Y ahora? ¿Qué soy ahora? —susurró.

La calle estaba desierta. Las luces de los escaparates iluminaban tenuemente la penumbra. Pizzería de Míster Pronto. Salón de manicura. Centro de *fitness*. Frutería Gülenstan. Ringelnatz & Co. Le dio la risa. Parecía un chiste tener en estos tiempos, en ese lugar, una librería dotada de las obras más hermosas y prestigiosas de la humanidad, con todos los conocimientos y la imaginación que habían acumulado las culturas del mundo durante siglos y milenios. Sin poder evitar un ataque de risa, de repente, clavó la mirada en el viejo letrero que colgaba sobre la tienda, cuyo color dorado parecía saludarla desde épocas remotas. Y entonces, de pronto, se le hizo la luz y lo vio todo claro: ¡solo aquí y ahora podía existir esa pequeña librería! En ese lugar y en ese momento era cuando se la necesitaba. Aquí y ahora, ella se encargaría de dar nueva vida a esa vieja empresa. Porque hasta entonces no se había dado cuenta de lo que le había sucedido. Por fin lo tenía claro:

—Soy librera.

Existe una gran diferencia entre emprender una cosa con la intención de llevarla a buen puerto, o con la idea de proporcionarle un nuevo comienzo. Hasta ahora, Valerie se había visto como alguien a quien le habían encomendado la ingrata tarea de ocuparse de las postrimerías de la tienda. Sin embargo, cuando la noche anterior había contemplado la desolación del barrio en la penumbra, de repente se dio cuenta de que el cadáver aún respiraba. ¿No percibió incluso un respingo en las comisuras de sus labios, como si la fallecida estuviera riéndose disimuladamente de la joven?

Tal vez Ringelnatz & Co. se había atragantado con algo que dejaba a la tienda sin aire para respirar: con los cambios del barrio, con la gran librería situada a una estación de metro de distancia, con el negocio de Internet, con el libro electrónico. Avances todos ellos que no facilitaban la existencia de una empresa regentada de una manera tan anticuada. Pero ¿por qué no puedo intentar sacar a esta maravillosa Bella Durmiente de su letargo?, se preguntó Valerie.

Entonces empezó a ver la tienda con otros ojos, con la mirada del transeúnte casual que pasaba por la calle y quizá solo veía Ringelnatz & Co. con el rabillo del ojo o echaba un vistazo al escaparate como quien, de camino hacia el trabajo, alzaba a diario la vista hacia el reloj de la torre de la iglesia, pese a saber exactamente que había salido de casa a las 7.50 y que en ese momento, por lo tanto, eran las 7.53, tal y como ocurría todos los días del año cuando iba a la oficina. Pero ¿qué pasaría si de repente el reloj de la torre de la iglesia marcara las 9.20? ¿O si de pronto tuviera tres manecillas? ¿Qué sucedería si desapareciera lo esperado y se ofreciera a la vista algo sorprendentemente nuevo que llamara la atención?

Lo primero que hizo fue vaciar el escaparate y cerrar la cortina.

Valerie se dispuso a crear otro ambiente, empezando por el interior; luego se encargaría del exterior. En primer lugar, cambió la iluminación por otra más clara y más romántica, envolviendo las lámparas del techo, que normalmente nunca encendía (porque eran unos horribles tubos fluorescentes), con un paño rojo y otro de color naranja. Al dar al interruptor de la luz, vio que la tienda parecía más acogedora y atractiva, como si todos los días fueran Navidad. Lo siguiente que hizo fue poner pequeñas banquetas cubiertas con manteles y decorarlas con los libros que, a su parecer, eran tan bonitos como buenos. Se ocupó de que hubiera más sitios donde sentarse y, luego, cambió por completo la decoración del escaparate, al que dio un aire misterioso. Recortó grandes ojos de cerradura en cartón negro y los colocó encima de los libros expuestos, de tal manera que solo se viera un fragmento —a poder ser, el más atractivo— de la cubierta de los libros. Por encima colgó un papel grueso de muchos colores que decía: «Quien quiera saber más...». A continuación, pintó el letrero de la entrada como si fuera un *pub* irlandés, con las letras doradas sobre un fondo verde oscuro: Ringelnatz & Co.

Y, efectivamente, durante los siguientes días algunos transeúntes cayeron en la trampa que les había tendido Valerie. Algunos de ellos incluso se convirtieron en clientes, como por ejemplo una profesora (¿del colegio de Timmi?) que se mostró entusiasmada de que una mujer tan joven tuviera en estos tiempos la osadía de encargarse de una librería, enarbolando así la sagrada bandera de la cultura; naturalmente, no lo expresó así, y ante la pregunta de cómo se había atrevido a emprender semejante empresa, Valerie prefirió no explayarse. Al segundo día, volvió la profesora y le preguntó si entre las dos podían organizar una velada de lectura con sus alumnos y alumnas, una velada que los niños, junto con la profesora, y por supuesto la librera, pudieran pasar leyendo en la tienda. Una idea maravillosa que por desgracia, poco tiempo después, fue rechazada por la dirección escolar por «dificultades técnicas».

Y no obstante, Valerie albergó esperanzas, se dio a conocer por el barrio, entabló relación con las otras tiendas, les invitó a tomar un té, se presentó en la iglesia y en el cercano hogar del jubilado y revolvió Roma con Santiago para llamar la atención sobre su pequeña librería, mientras por otro lado no paraba de escribir cartas. Cartas dirigidas a los morosos, lectores y lectoras que habían encargado o se habían llevado libros, pero no habían pagado. Algunas, más bien muchas, de estas cuentas pendientes tenían años o decenios de antigüedad. Pero Valerie tecleaba infatigablemente avisos y notificaciones en la vieja máquina de escribir de la tía Charlotte. En ocasiones, recibía una respuesta, y a veces hasta dinero. Algunos viejos clientes, avergonzados, le hacían una transferencia, mientras que otros adjuntaban un billete a su carta de respuesta. Y a las pocas semanas, el nivel de deudas se redujo de

veintiocho mil a algo menos de veintisiete mil.

—Mucho no es —murmuró Valerie, frunciendo el ceño.

Repasó la lista de las direcciones que había confeccionado. Solo conocía las señas de una pequeña parte de los deudores; algunas las había averiguado a través de la correspondencia. Si descontaba a todos aquellos que no sabía cómo localizar, y si partía de la base de que todos a los que ya había escrito y a los que todavía podía escribir, pagarían religiosamente...

—Al final entrarán tres mil. Justos —se dijo.

Con un suspiro, hundió la cara entre las manos con los codos apoyados en la máquina de escribir. Y mientras una «Ä» se eternizaba en la carta que había empezado a escribir, sonó la campanilla y se abrió la puerta.

—¿Hola?

—¡Estoy aquí! —gritó Valerie, se enderezó, respiró profundamente e intentó retomar su actitud profesional—. ¡Voy enseguida!

Arrancó de la máquina de escribir el folio que había metido, lo arrugó y lo tiró a la papelera; a estas alturas, ya podía haber fichado por el equipo regional de baloncesto, como mínimo. Después se levantó y se dirigió hacia el cliente.

—¿Usted por aquí?

—¿Nos conocemos? —preguntó el hombre, y paseó la mirada por la tienda—. ¿Dónde está la dueña?

—Yo soy... Bueno, yo la sustituyo... —Valerie carraspeó— durante su ausencia.

—Oh, qué lástima. Esperaba encontrarla aquí.

El hombre la escudriñó con curiosidad. En su barba canosa tenía unas cuantas migas de galleta; las cejas, teatralmente arqueadas, enmarcaban unos ojos negros y brillantes con los que literalmente taladraba a Valerie... aunque no de manera ofensiva.

—Entonces usted es la dama que me ha escrito esta carta...

Valerie tuvo que respirar hondamente para evitar un episodio clínico.

—Eh... sí, fui yo.

El hombre asintió con la cabeza y la volvió a mirar, esta vez con todo el respeto. Luego, sus labios esbozaron una sonrisa mitad burlona, mitad picarona, y le tendió la mano.

—Mucho gusto en conocerla. Yo soy...

—Sé perfectamente quién es. Me siento honrada de que visite Ringelnatz & Co.

—¿Y usted es...?

—Valerie. Llámeme Valerie.

—Desde luego. —De nuevo miró a su alrededor—. Esto no ha cambiado nada —constató—. Todo está como yo lo recordaba. Quizá incluso más bonito todavía. Pero entonces yo apenas tenía ojos para la tienda. ¿Se encuentra bien Charlotte?

—Sí, gracias, eh... —balbuceó Valerie—. Eso espero. Llevamos mucho tiempo sin saber nada de ella. Se ha... ausentado.

De nuevo sonrió el cliente.

—Sí —dijo—. Es típico de ella. Siempre ha sido muy peculiar.

Echó mano al bolsillo y extrajo de él un sobre algo arrugado.

—Ahora quiero darle esto para ver si así saldo de una vez mis deudas. Espero que sea suficiente. Estoy seguro de que los libros que usted mencionaba en la lista no eran todos los que, digamos, compré sin pagarlos. ¿Sabe una cosa? Para mí el dinero no tiene importancia. Cuando se tiene suficiente, a veces se olvida uno de lo importante que es para otros.

Valerie aceptó el sobre de su mano.

—Estoy segura de que es suficiente —repuso—. ¿Puedo ofrecerle un té?

—Con mucho gusto.

—Si le apetece sentarse... —Valerie señaló hacia el cómodo sillón de lectura, junto a la ventana.

—Oh, claro que sí. Cómo me alegro de que siga existiendo este maravilloso mueble.

Y entonces el gran Noé de Viena se sentó mirando abstraídamente cómo Valerie llenaba la jarrita de té y pensando en lo mucho que se parecía a su tía. Qué buenos recuerdos.

La visita del famoso actor resultó ser la mejor decisión de relaciones públicas que hubiera podido tomar. Seguramente fuera una pura casualidad que, precisamente a esa hora, una señora de mediana edad mirara el escaparate e incluso más hacia el fondo, es decir, ¡hacia el interior de la tienda! Al reconocer al envejecido cómico, su entusiasmo fue tal que por un momento se le paró el corazón y, acto seguido, empezó a palparle a una velocidad vertiginosa. Como casualmente tenía un móvil, sin más dilación llamó a su amiga y, al poco rato, entraron en Ringelnatz & Co. dos clientas nuevas, muy contentas, que competían por ver quién de las dos tenía mayor cultura; lo que, para alegría de Valerie, se tradujo en venta de libros. Por su parte, la susodicha amiga había llamado a una o varias amigas más para informarles de la noticia. El caso es que, al poco rato, un grupo de seguidoras rodeaban al actor Noé de Viena y estaban pendientes de sus labios, de los que brotaban tanto anécdotas de la vida de un actor universal como recomendaciones sobre libros. Valerie no los tenía todos en la librería; para ser sinceros, no conocía ni a Thoreau —el autor— ni *Walden*, su obra más importante. Pero como casi todas las mujeres suspiraban por ese libro y sentían la necesidad imperiosa de poseerlo, la joven librera fue anotando un pedido tras otro, como si vendiera oro a precio de plata.

Esa tarde, la extraordinaria animación de la tienda atrajo a un buen número de nuevos clientes, algunos de los cuales no sabían que estaban respirando el mismo aire que una celebridad mientras miraban extrañados por toda la tienda y, aunque solo

fuera por vergüenza, se compraban uno o dos libritos baratos —a lo que se debe añadir que a menudo los volúmenes delgados y, por lo tanto, más baratos suelen albergar los sueños más hermosos—.

Al anoecer, cuando el gran Noé se levantó con cierta torpeza de su sillón, se oyó un suspiro colectivo entre el público femenino de mediana edad.

—En fin —dijo él—. Podría pasarme aún más horas con ustedes; tal es el embeleso que me produce su presencia. Son un manantial de gozo y alegría.

Con una inclinación muy galante, besó la mano de algunas de sus admiradoras. Y de no ser porque entremedias guiñó imperceptiblemente el ojo en dirección hacia Valerie, esta habría calificado esa tarde de teatro del absurdo hecho realidad. De ese modo, sin embargo, entendió que alguien no solo había decidido saldar viejas cuentas, sino reparar una deuda de varios años de duración.

Hasta entonces, Ringelnatz & Co. jamás había registrado tantas ventas como en las cinco horas de presencia del gran Noé de Viena.

Catorce

Fue en el triste y sombrío mes de noviembre, mientras el viento arrancaba las hojas de los árboles, cuando uno de los albañiles cruzó la calle y se acercó a la tienda. Valerie llevaba ya un rato observándolo desde su sitio, delante de la puerta. Envuelta en su gruesa manta de lana, después de haber encendido el samovar, sacaba cada dos por tres un vaso de té a la calle (hacía varios días se había pasado por la frutería Gülenstan y había descubierto unos encantadores vasitos de té con el borde dorado, de los que había docenas de modelos y con los que el té, como comprobó poco después, sabía muy distinto, mucho más aromático y sabroso). Tenía abierto su libro de Calvino y seguía ensimismada la vida de *El barón rampante...* hasta que notó que en el andamio de las obras de enfrente un albañil la miraba con la cara triste. ¿Era una mirada de añoranza? Desde esa distancia no podía distinguirlo. Valerie fue en busca de otro vasito de té y, cuando regresó a su mesita, el hombre le daba la espalda y seguía dedicado a su tarea. Valerie se sentó, volvió a abrir el libro y notó cómo el agradable solecito del otoño le calentaba la frente.

Ahora sus árboles estaban adornados con manuscritos y con letreros en los que podían leerse máximas de Séneca y de Shaftesbury; al lado colgaban los objetos más variados: plumeros, cirios, guadañas, coronas, corpiños, pistolas y balanzas, todos ellos unidos entre sí en una sucesión determinada. Los habitantes de Ombrosa pasaban horas intentando descifrar estos jeroglíficos: la nobleza, el Papa, las virtudes, la guerra...

—Perdone que la moleste.

Valerie se asustó. No había oído llegar al hombre. Era el obrero de enfrente. Vestido de gris y levemente inclinado, sostenía la gorra con las dos manos, como si hubiera salido de una novela de Victor Hugo.

—¿Qué desea?

Valerie dejó el libro a un lado y se dispuso a levantarse.

—Lo siento mucho. No quisiera molestarla...

—No, no, de ninguna manera. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es que... —El hombre se debatía consigo mismo. ¿Era cortesía exagerada o timidez? Tal vez una mezcla de las dos cosas—. He visto que toma té —carraspeó, y a Valerie le llamó la atención lo pequeñas que eran sus manos—. Así que he pensado que quizá podría servirme una taza de té. Naturalmente, se lo pagaré.

—Bueno, en realidad esto es una librería. El té... —Valerie se retiró la manta y se levantó. Pero hacía frío. Un viento gélido recorría la calle. En el andamio debía de hacer un frío espantoso—. Claro que sí —dijo—. Con mucho gusto le daré un té. —Señaló hacia su silla—. Siéntese usted, por favor.

Al momento, se mordió los labios arrepentida. Ahora se sentaría con su sucia ropa de trabajo encima de su manta favorita y...

Pero el hombre declinó el ofrecimiento e hizo una reverencia aún más profunda.

—No, de verdad, gracias, pero no es necesario. Solo un té. He visto desde allí arriba que usted tiene un samovar. Y me ha recordado a mi patria.

Valerie asintió con la cabeza, entró en la tienda y, al poco rato, salió con un vaso de té y azúcar.

—Tome usted —dijo, tendiéndole la humeante infusión de color miel.

El hombre guardó el gorro en el bolsillo de la chaqueta, alargó la mano y probó el té sin prisa, con un gesto que a Valerie le recordaba a un ritual religioso.

—Qué té más bueno hace usted —dijo el hombre, con un leve suspiro—. Oscuro y cargado, como debe ser. En este país casi todos lo hacen demasiado flojo. No huele ni sabe a nada... En mi patria decimos: «Ha visto a un policía».

—¿A un policía?

—Por lo pálido que se ha puesto.

Valerie asintió con una sonrisa. ¿Por qué trabajaría ese hombre en la obra? Sus oscuros ojos lanzaban destellos de picardía, aunque en su mirada no faltaba la tristeza.

—¿Y cuál es su patria? —preguntó Valerie, estudiando sus rasgos.

—Persia —dijo él, y dio un traguito de té y luego otro, como escuchando el eco de su propia respuesta.

—Persia —repitió Valerie—. ¿Y lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Demasiado. Gracias por el té. Está riquísimo.

Terminó de tomarse el té a sorbitos. Luego dejó el vaso sobre la mesita y se llevó la mano al bolsillo. Pero Valerie hizo un ademán de rechazo.

—Déjelo. Está usted invitado.

—Eso no lo puedo aceptar de ninguna manera —insistió el hombre, moviendo enérgicamente la cabeza.

—Si le ha recordado a su patria, con eso me doy por cumplidamente pagada. — Valerie le obsequió con una afable sonrisa, y él se encogió de hombros.

—Muy amable por su parte. Gracias. —Se volvió hacia el escaparate—. Es usted librera —afirmó.

—En efecto, eso soy.

—Qué bonita librería. Mi tío tenía una en Shiraz.

—¿Shiraz? Supongo que será una ciudad persa.

—Sí. De allí proceden los poetas más importantes. Hafez, Saadi.

—Creo que tenemos libros suyos aquí. —Valerie señaló la puerta—. Es que la librería es de mi tía, ¿sabe usted?

El hombre lanzó una mirada lánguida hacia la entrada.

—No hay nada más bonito que una librería. Ojalá tuviera también libros persas.

—Como le digo, a Hafez lo tenemos con toda seguridad. ¿Quiere que eche un vistazo?

Valerie se dirigía ya hacia la tienda, pero el hombre negó con la cabeza.

—¿Sabe una cosa? Hafez no es fácil de leer, ni siquiera en persa. En alemán yo

no podría entenderlo nunca. —Se quedó un rato como meditando, y luego continuó —: Pero quizá pueda usted aconsejarme un buen libro en alemán, que no sea difícil.

—Espere un momento; enseguida vuelvo.

Recogió la manta de la silla, con un breve gesto lo invitó a esperar sentado y desapareció en la tienda. Cuando salió al poco rato, le enseñó un tomito delgado, encuadernado todo él en piel negra, en el que aparecían grabadas en letras doradas las palabras: «Peter Schlemihl».

El hombre lo abrió y leyó:

—«Tras una travesía coronada por el éxito, pero para mí muy fatigosa, llegamos por fin al puerto. En cuanto toqué tierra con el bote, cargué yo mismo con mis escasas pertenencias...». —Alzó la vista—. He aquí una de esas hechizantes palabras alemanas: *pertenencias*. Tenéis las palabras más bonitas del mundo. Solo los alemanes escriben utilizando esas palabras.

—Este libro lo escribió un francés —le explicó Valerie—. Pero en lengua alemana. Se llamaba Adelbert Chamisso. Se trata de *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, un libro muy particular.

El hombre asintió con la cabeza, lo cerró y pasó las puntas de sus finos dedos por la cubierta.

—Si está escrito en alemán, tendré que leerlo en alemán. Lo intentaré. ¿Cuánto cuesta?

Valerie le dijo el precio, él pagó inclinándose por última vez y, luego, se apresuró a cruzar de acera hasta llegar a la obra, donde poco después apareció en el andamio y, alejado de Chamisso o de Hafez, se puso a acarrear tablas y a apretar tornillos. Valerie, en cambio, metió sus cosas en la tienda y buscó al gran poeta persa en el archivador de su anciana tía. *Poemas de amor*. Un libro finito, parecido al que le había dado al albañil, aunque profusamente ornamentado. Lo abrió al azar, como le gustaba hacer con las antologías de poesía, porque a veces leía los poemas —aunque solo si le gustaba el resultado— como si se tratara de un oráculo:

Me llegaron buenas noticias:
que los días de aflicción no duran,
pues ya no es como era,
ni será como es ahora.

Valerie interrumpió la lectura. ¿Quería ella eso?

Un sábado —llegados a este punto, hemos de mencionar que Valerie no tenía un horario de apertura muy disciplinado, pero ese día, más bien de manera excepcional, había abierto la tienda—, apareció el albañil persa y llamó delicadamente a la puerta, con una cortesía rayana en la timidez.

—No quisiera molestar —se apresuró a decir, al ver a Valerie con una lista junto al estante de los libros de documentación.

—No molesta en absoluto. ¡Pase usted!

—Es que he descubierto un libro que a lo mejor le gusta. —Con una reverencia tan propia de él, le pasó un paquetito envuelto en papel de estraza—. Es de un autor persa. —Como si se le acabara de ocurrir en ese momento, alzó picaronamente el dedo índice y le explicó sonriendo—: Es otro libro como el de Chamisso.

—¿Otro libro como el de Chamisso? —replicó Valerie, desconcertada.

—Sí. El autor no lo ha escrito en el idioma de su patria, sino en una lengua extranjera. En inglés. Cuando lea el principio, sabrá por qué. Pero esta es una traducción alemana.

—Ah, bueno —dijo Valerie, y le obsequió con una sonrisa muy cordial—. Ya me ha picado la curiosidad. ¡Muchas gracias! Se lo devolveré cuando lo haya leído.

—¡De eso nada! —dijo el hombre, levantando las dos manos—. No tiene por qué devolvérmelo. Es un regalo. Me hace mucha ilusión poder explicar a otra gente lo difícil que es la vida en mi patria.

Valerie asintió.

—Entiendo. Bueno, en tal caso...

Ya casi había dado media vuelta, cuando al hombre se le ocurrió algo más:

—En lugar de pagar el libro, podría ir al teatro. Hay un grupo de estudiantes universitarios que representan una obra teatral. Esta noche. Es la historia de este libro. Creo que usted ha hecho muy bien las cosas. Y puede hacer una buena acción si compra una entrada para el teatro. Esos jóvenes son muy valientes. Ahí le dejo un folleto.

Rápidamente, como si quisiera prevenir su rechazo, sacó un papelillo rojo del bolsillo y lo puso sobre el paquetito que sostenía Valerie. Luego hizo otra reverencia y se marchó tan aprisa, que cualquier objeción resultaba absurda.

Un poco extrañada, pero sobre todo francamente intrigada, la joven se dirigió al despacho, dejó el paquetito sobre la mesa y tomó el abrecartas, con el que rasgó cuidadosamente la cinta adhesiva. El nombre del escritor surgió como una promesa exótica: Shahriar Mandanipour. Cuando extrajo el libro, tuvo que leer el título dos veces, por la extrañeza que le causó: *Una historia iraní de amor y censura*. Su mirada recayó en el folleto rojo de la obra teatral, que asomaba por el papel de estraza. La historia que se anunciaba allí llevaba otro título: *Teherán, mon amour*.

En el pie de imprenta de la novela venía indicado el título original: *Censoring an Iranian Love Story*. Tan desconcertante como el título alemán. Un autor iraní escoge la lengua inglesa para narrar la historia de un escritor persa a quien —como comprobó Valerie a las pocas páginas— las circunstancias le impiden escribir una historia de amor en su propio idioma, porque en su país el amor y las pasiones están considerados una obra diabólica y se tergiversa todo, absolutamente todo, lo relacionado con la belleza, el bien y la verdad. Inmediatamente, Valerie quedó

cautivada y empezó a leer:

El aire de Teherán está impregnado del aroma de las flores primaverales y de los gases de tubos de escape. De olores venenosos procedentes de *Las mil y una noches*, que se entrelazan, se mezclan y se susurran secretos. La ciudad va a la deriva de los tiempos...

A diferencia de lo que ocurre en muchos países del mundo —dedujo Valerie de la narración—, publicar historias de amor en el querido Irán no es un cometido fácil. *Cometido*, pensó Valerie, otra de esas palabras que quizá le gustara al albañil persa. En Irán está permitido escribir ese tipo de historias, editarlas e imprimirlas. Pero para distribuir las hace falta la autorización de Ministerio de Cultura y Orientación Islámica. Sin embargo, en este departamento hay un señor al que apodan Petróvich (¡exactamente!: ese juez de instrucción, Porfirio Petróvich, que tiene que investigar los asesinatos de Raskólnikov en *Crimen y castigo*, de Dostoievski). A él le corresponde la lectura minuciosa de los libros, sobre todo, de novelas y cuentos y, muy especialmente, de historias de amor... Tacha cualquier palabra, frase, párrafo, e incluso páginas enteras, que resulten indecentes y que, en consecuencia, atenten contra la moral pública y los respetables valores tradicionales de la sociedad.

La función se representaba en el sótano de un viejo caserón del casco antiguo de la ciudad, en lugar de en un teatro convencional. ¿Acaso no había ningún escenario apto para esa obra? Cuatro estudiantes universitarios formaban la totalidad de la compañía y actuaban con tal virtuosismo y naturalidad, que Valerie quedó fascinada por esa representación, en la que la represión de todo un gran pueblo antiguo se manifestaba en tono de comedia, como si fuera un ramillete multicolor de ideas ingeniosas y de graciosos enredos, todo ello con un humor tan agridulce como el té oriental.

Vio también al albañil persa. Estaba sentado al fondo del todo, en un rincón en el que pasaba desapercibido. En ese momento, vestido con un traje bueno y recién afeitado, podría pasar perfectamente por un médico o un abogado, uno chapado a la antigua. A lo mejor es médico, pensó Valerie mientras lo observaba disimuladamente. ¡A saber por qué razones había abandonado su patria y por qué fatídica concatenación de circunstancias había ido a parar a los andamios y las hormigoneras!

Sara estudia literatura iraní en la universidad de Teherán... Como el resto de los alumnos, ha de aprenderse de memoria cientos de versos y datos sobre la vida de poetas fallecidos hace mil años, o setecientos o cuatrocientos... Pero a Sara le gusta también la literatura iraní moderna, porque le aviva la imaginación.

Sara fue al mostrador de la biblioteca y le preguntó a la bibliotecaria: «¿Tienen ustedes *El búho ciego*?».

La bibliotecaria le contestó con voz firme: «No, señorita, en esta biblioteca no tenemos *El búho ciego*». Y algo más tarde añadió: «Joven, ya le he informado de que aquí no hay esa clase de títulos prohibidos».

Pero un hombre joven la ha estado observando en la biblioteca y pondrá todo su empeño en conseguirle el libro. Y con el libro, un mensaje que le hace llegar

mediante un código secreto, a raíz de lo cual surge una historia de amor imposible..., sobre todo imposible de ser narrada. Porque los libros, comprobó Valerie, en un país en el que no hay libertad, se consideran peligrosos.

Esa noche, Valerie regresó muy pensativa a su librería; en realidad, quería irse a casa, pero luego decidió comprobar si realmente existía *El búho ciego*: y, en efecto, existía. Su libro aún seguía en la mesita, junto al sillón de lectura. Valerie acarició la tapa, lo abrió y leyó algunos pasajes que acababa de escuchar en ese sótano abarrotado de público. Qué viveza y qué desenvoltura tenía el texto, y con qué naturalidad reflejaba la realidad.

El trabajador extranjero de origen persa se pasó varias veces más por la tienda, hasta que un día se organizaron los gremios de su ramo y la cuadrilla fue enviada a su siguiente destino, aunque también pudo influir que el mal tiempo imposibilitara la continuación de las obras. Porque, naturalmente, en algún momento llegó el invierno. El viento soplaba de forma despiadada por las calles; durante los últimos días del otoño y los primeros días del invierno, la oscuridad alternaba con la umbría, y la nieve con la lluvia.

Uno de los últimos días de sol, cerca ya del primer domingo de Adviento, Valerie se atrevió a sacar otra vez la mesita a la calle y a dejarse acariciar por el deslumbrante y sesgado sol de primera hora de la tarde. Echaría de menos ese ritual que había cultivado desde finales del verano y al que tenía que agradecer tantos viajes alrededor del mundo. Con un té Highgrown de Kenia, había seguido las aventuras de Piscine Molitor Patel con el instintivo Richard Parker por todo el Océano Pacífico; con un té English Breakfast, había estudiado la China de *Jin Ping Mei*; tomando un té Gunpowder, se había divertido con *Los inocentes en el extranjero*. Con un Tippy Golden Flowery Orange Pekoe, había seguido las vicisitudes de *La bella señora Seidenman* por Varsovia; el té Sencha la había acompañado por la suiza *Montaña mágica*; con la variedad Lapsang Souchong, había emprendido el *Viaje a la ciudad azul*; con el Darjeeling, plantado en las más altas laderas del Himalaya, había hecho una travesía con John Franklin a la búsqueda del Paso del Noroeste; con una mezcla de té de la Frisia oriental, había visitado la aldea de Macondo en la selva virgen colombiana; y tomando un mate peruano, había recorrido las melancólicas callejuelas de Venecia con *El amante sin domicilio fijo*.

Aga-je Massoud, así se llamaba el persa, había sido corresponsable de algunos descubrimientos, ya que, como se averiguó más tarde, era un devorador de libros de gustos exquisitos. Valerie lo echaba de menos, como en su época había echado de menos a Timmi, aunque no exactamente, porque el chico, aunque era más misterioso, no era ni mucho menos tan cortés y respetuoso. Y así habían ido pasando los días sombríos y lluviosos del otoño, y el invierno hizo también su entrada triunfal, hasta

que un día llegó una carta de Timmi. Con una letra muy clara, sin ninguna falta de ortografía y en tinta azul clara de pluma estilográfica, decía:

Querida librera:

Por desgracia, me he cambiado de casa. Por eso no puedo ya pasarme por su tienda. Pero como aún le debo dinero, le adjunto cuatro euros. Espero que esta carta llegue bien. Y también espero que le vaya bien a usted. Lamentablemente, en mi nuevo camino hacia el colegio no hay ninguna librería. Pero cuando me acerque por allí, entraré a hacerle una visita.

Con mis mejores deseos, un cordial saludo,
Timmi

Como es natural, Valerie se emocionó. Efectivamente, había cuatro euros dentro del sobre. El chico quedaba libre de deudas. La caja registradora cuadraba. Como no podía ser de otra manera, la carta le llegó al alma. No se lo pensó dos veces. Al albañil de enfrente le había regalado un libro especial como despedida. Ahora envolvió ese mismo libro en papel de seda —Timmi apreciaría mucho eso— y le escribió una tarjetita:

Querido Timmi:

Casualmente, este libro cuesta exactamente cuatro euros en mi tienda. A lo mejor te gusta. No es especialmente bonito... por fuera. ¡Pero por dentro es un cofre del tesoro! Ven a visitarme cuando te pases por el barrio. Siempre tendré una taza de té para ti.

Con todo mi cariño,
Valerie

Guardó la tarjeta en un sobre, escribió el remite de la carta de Timmi como destinatario y luego metió con cuidado el libro. Se lo imaginaba literalmente enfrascado en la lectura, a ese pequeño esteta, a ese niño prematuramente adulto de gustos refinados; ya lo veía con la nariz enterrada en el libro, disfrutando de la aterciopelada sensación de recogimiento, escuchando atentamente los sonidos de la mañana, mientras se internaba con añoranza en la espesura de esta obra y se dejaba arrastrar por su torrente de palabras: *La palabra alemana más bonita*. Un libro no especialmente bello, pero con un caudal de joyas lingüísticas como probablemente no se encuentren en ninguna otra lengua.

Poco antes de las Navidades, la tienda se animó algo otra vez pero hacia finales de año se quedó de nuevo prácticamente paralizada. De tarde en tarde, aparecía alguna que otra señora de edad mediana con la esperanza, seguramente, de ver al famoso actor. Pero en los gélidos últimos días del año, pocos clientes se aventuraban a entrar en la pequeña librería. Y a comienzos del nuevo año, las finanzas de Valerie estaban más o menos igual que cuando empezó a trabajar como librera. Cuando abría por la

mañana, saludaba a la preocupación, y cuando cerraba por la noche, se despedía de la desesperación. De no ser por las pequeñas escapadas que le proporcionaba la lectura, seguramente se habría dado por vencida. Pero quien sabe que está haciendo lo correcto, y quien ama tanto su oficio, sobrelleva cualesquiera fatigas y decepciones. Y luego vino lo de la carta de Italia...

Quince

El día en que se cumplía exactamente un año desde la desaparición de la anterior librera, en el buzón había una carta escrita en el papel del *Albergo d'Angelini*, de Florencia, en un sobre con el mismo membrete. Con la mano temblorosa de una señora mayor, aunque esforzándose muchísimo por hacer buena letra, las palabras que había escrito su tía eran las siguientes:

Querida Valerie:

Espero que mi carta te llegue a su debido tiempo y que te encuentres bien. Ha llegado la hora de que te quite al fin el peso con el que te he cargado. ¿Habrán cambiado mucho las cosas? Ya tengo ganas de verte. A lo mejor te apetece venir a recogerme a la estación. Llego el martes a las 11.50 al andén número 7.

Te deseo lo mejor,
Charlotte

Nada más. Solo eso. Valerie miró desconcertada el calendario: martes. Y también miró la hora: acababan de dar las once. ¿La tía Charlotte viene este martes, o sea, hoy?

Si su tía hubiera tenido móvil, podrían haber aclarado el asunto. Pero en caso de que lo tuviera, cosa que Valerie dudaba, su sobrina no tenía el número. Aunque, de todos modos, su tía podría haber llamado por teléfono..., del mismo modo que podría haberle hecho saber, desde el primer día de su desaparición, que no le había pasado nada malo, que se encontraba perfectamente y que su conducta únicamente obedecía a un capricho disparatado o bien a una obligación concreta con la que debía cumplir. Pero ni rastro de eso: la tía Charlotte sencillamente se había esfumado, dejando tan solo un par de escuetos renglones de los que lo único que se podía deducir era que su desaparición había sido intencionada. Y ahora anunciaba su regreso en unos pocos renglones igualmente escuetos... y con una anticipación de escasos minutos.

Valerie arrugó la carta junto con el sobre y la arrojó a la papelera. Se sentía desilusionada. Y ofendida. No, no iría a recoger a su tía a la estación. Al fin y al cabo, aunque lo hubiese deseado, habría sido casi imposible. Tendría que haber salido inmediatamente. Tendría que haber tomado un taxi. Apenas le habría dado tiempo a ponerse el abrigo, guardar el dinero, el móvil y las llaves en el bolso y cerrar la puerta tras ella. Ni siquiera habría podido echar una ojeada a *Grisalla*, que la miraba asombrada y por cuyos pelillos de la barba parecía asomar una sonrisa.

Que en ese mismo momento se detuviera un taxi junto a la acera de enfrente, fue pura casualidad. O una señal. Más como un acto reflejo que como algo intencionado, Valerie le hizo señas desde la puerta. El taxista estaba muy acostumbrado a esos gestos. Encendió varias veces las luces del coche y dio la vuelta. Valerie agarró sus cosas, cerró la puerta de la tienda y se montó en el taxi. Que el taxi fuera más veloz

de lo esperado, y también más caro, a duras penas le sorprendió. Pero quizá solo se lo pareció porque, de camino, no pudo evitar leer el final de *La piel de zapa*, de Balzac. En cualquier caso, se plantó tan aprisa en la entrada principal de la estación que hasta le dio tiempo de orientarse.

Andén número 7. Para su sorpresa, el tren ya estaba en el andén. Miró al reloj. Todavía eran las once menos cuarto. Empezaron a apearse los primeros viajeros. Ruido de carritos. Parejas abrazándose. Un niño testarudo berreaba sin parar mientras la madre le regañaba mirando a su alrededor. Obstaculizando el paso, una fila de carros portaequipajes encadenados. Un hombre pasó al lado de Valerie y la obsequió con una sonrisa a lo James Bond. Valerie vio a una señora mayor un poco apartada y corrió hacia ella, pero luego se dio cuenta de que no era la tía Charlotte. Avanzaba con lentitud, para que no se le escapara de la vista. Al poco rato, el tren parecía vacío; ya no se bajaba nadie. Valerie se detuvo a observar el enorme vehículo que había escupido a todos los viajeros. ¿A todos? Se subió al tren y recorrió las filas de asientos vacíos de un vagón, luego del siguiente y de otro más, sin dejar de mirar por la ventanilla al andén, no fuera a ser que su tía pasara en dirección contraria a ella. Pero eso no ocurrió.

Valerie ya había llegado a los compartimentos de primera clase, que formaban la cola del tren. Nada. Ese vagón también había sido abandonado. Ya iba a dar media vuelta para apearse cuando de pronto le llamó la atención un librito que se había quedado en una de las mesas. Como le resultaba familiar, se acercó. Tuvo una intuición. Tomó el libro y pasó los dedos por la superficie. Estaba bien confeccionado, cosido con hilo de seda, con el título estampado e incluso con un registro de color verde esperanza.

Sin querer, miró el número del asiento: el 13. Sus ojos se dirigieron hacia el final del vagón. Coche número 12. Medio aturdida, se desplomó en el asiento y abrió el libro con los dedos temblorosos. Lo que leyó no le sorprendió:

«Nada había anunciado el cambio brusco de temperatura».

Tampoco le sorprendió encontrar un sobre dentro del libro. Sin nada escrito, sin señas. No estaba cerrado. Valerie lo abrió y sacó el contenido. Dos billetes de tren secos, pese a la lluvia. De primera clase, como comprobó Valerie. Eran para ese mismo día. Dos billetes con destino a París. Asiento número 13 y... asiento número 13. Desconcertada, miró los números de las filas de asientos. ¿Dos billetes para el asiento 13? Eso no podía ser. Y, sin embargo, en el billete ponía con toda claridad: vagón 12, asiento 13, dos veces. Hasta que de pronto recordó lo que había leído en aquel extraño libro, antes de tirarlo al cajón de los papeles viejos: solo el primer billete tenía como destino París. El segundo partía más tarde de París...

Quizá todo hubiera salido de otra manera si, en ese momento, Valerie no hubiera

mirado hacia fuera y descubierto a la tía Charlotte, que estaba sentada en un banco con las manos cruzadas sobre el mango de un paraguas y que la miraba sonriente. Ladeando la cabeza, su tía señaló el panel de los horarios que colgaba sobre el andén y en el que, para entonces, ya ponía tentadoramente «París, estación del Este». Tal vez todo hubiera salido realmente de otra manera si no hubiera aparecido de repente ante ella, como salido de la nada, un hombre joven que llevaba un abrigo de entretiempo, aunque un poco pasado de moda, por cuyo bolsillo asomaba con curiosidad la cabecera del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, una camisa algo arrugada con las gafas guardadas en el bolsillo superior, y unos zapatos italianos que quizá no estuvieran muy nuevos, pero sí muy bien cuidados.

—Ya tiene su propio ejemplar —dijo el hombre, señalando el libro que Valerie sostenía entre las manos—. *Un año muy especial*.

Valerie asintió.

—El libro que usted llevaba años buscando, porque solo existen unos pocos ejemplares —dijo.

Luego abrió el libro, hojeó las dos primeras páginas, llegó a la tercera y... de repente supo lo que sucedería si pasaba otra página. Miró los dos billetes que tenía en la mano. París. Y...

—¿Estocolmo? —preguntó el joven.

Valerie miró hacia fuera, donde el banco había sido abandonado.

—¡A cualquier parte! —exclamó el joven—. ¿Permite que me siente? —No esperó a la respuesta—. Un libro mágico en el sentido más genuino de la palabra. Recuerdo que usted lo consideraba un ejemplar defectuoso. ¿Acaso no sabía que era su propio libro?

—Y, sin embargo, usted se lo llevó.

—Que yo encontrara el libro en su librería significaba sobre todo que el libro me había encontrado a mí —dijo él con una voz suave—. Y usted ni siquiera había descubierto los billetes.

Valerie hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, realmente creía que se trataba de una impresión defectuosa. Al fin y al cabo, solo estaban escritas unas pocas páginas.

El joven se encogió de hombros.

—Sencillamente, todavía no había llegado el momento de que usted leyera la continuación. Pero ahora parece que las cosas han cambiado; de lo contrario, no estaría sentada en este tren. De lo contrario, el destino no le habría deparado otro ejemplar.

—Sí, es evidente. ¿Y cree usted que la magia del libro se me revelará?

—Sin la menor duda.

En ese momento, Valerie oyó el pitido del jefe de estación. Alzó la vista. Los ojos oscuros del joven la miraban misteriosamente.

—¿No tiene que bajarse? —preguntó ella.

—¿Ahora que nuestras historias nos han reunido? «Hágame saber que me está permitido ofrecerle mis servicios, pues si no lo hace... le reprocharán que ha matado inhumanamente y sin ninguna razón al más apasionado, devoto y obediente de todos sus criados».

Valerie le obsequió con una sonrisa.

—¿Cyrano?

El joven asintió con la cabeza. Y en una fracción de segundo, Valerie tomó una decisión: haría ese viaje. Iría a París, y finalmente a... Volvió a hojear el libro y... ya no había ninguna página en blanco: el libro contaba una historia. La historia de un año muy especial. Un año como el que había vivido la anciana y, en otro sentido muy distinto, el joven. Ella misma viviría también una historia muy personal.

—Londres —leyó Valerie ensimismada—. ¿Un libro que a cada uno le cuenta su propia historia?

—En cualquier caso, un libro que cada persona leerá y entenderá de distinta manera —respondió el joven—. Es realmente un libro mágico.

Al levantar la mirada hacia él, Valerie vio que la contemplaba con ojos de curiosidad. Él no podía saberlo. Pero ella sí lo sabía: ella ya había vivido su año muy especial. En esa pequeña librería, pero sobre todo en los incontables libros e historias que había leído desde que se hizo cargo de la inesperada tarea. Solo le faltaba leer *un* libro. El más misterioso de todos. Y ahora lo tenía delante. Y mientras el tren se alejaba lentamente de la estación, Valerie puso su mano sobre la del joven y empezó a leer por fin su propia historia. Al final de ese año, ¿regresaría ella también a ese lugar, como la tía Charlotte? No lo sabía. Pero sí sabía a quién le iba a meter dos billetes en el libro, uno tal vez con destino a Praga y otro a Teherán.

En fin, posiblemente todo habría salido de otra manera ese día de invierno si la literatura no hubiera dado alas a esta mujer joven. De este modo, sin embargo, Valerie tomó una decisión que lo cambiaría todo, en especial, su vida entera.

Epílogo

Seguramente quiera saber cómo termina la historia. Pues bien, la mujer que en su día fundó como en sueños un próspero negocio, para llevarlo amorosa e inquebrantablemente al abismo, ha regresado. La joven y prometedora economista que en un año descubrió su amor por la literatura, mandó a paseo a un novio inútil y atizó las pasiones de algunos lectores nuevos, se ha retirado de la escena y seguramente, quién sabe, no volverá nunca más... De Valerie, en cambio, no hay por qué preocuparse, pues está claro que no solo ha encontrado el amor en el mundo de los libros. Desde luego, es posible que la vieja librería se haya trasladado a otro lugar, donde se sepa apreciar más la cultura y alguien esté dispuesto a gastar un poco de dinero en ella, a un barrio joven y «alternativo». Y asimismo es muy posible que una de las grandes cadenas de librerías incluya la pequeña tienda entre sus fetiches y, bajo el nombre del grupo, la haga prosperar. Pero también es probable que, en un día no muy lejano, se termine el dinero y se lleve por fin a cabo lo que ya decíamos al principio de nuestra pequeña historia, a saber, la liquidación de Ringelnatz & Co. No hay muchas más opciones. Bueno, sí, queda una. Pero esa ya depende de usted. Porque seguro que en su barrio también hay un vivero de ensoñaciones. O, por decirlo de una manera más rotunda: Ringelnatz & Co. está en todas partes.



THOMAS MONTASSER nació en Alemania en 1966.

Trabaja como agente literario en Múnich, donde vive con su familia. Además, es autor de varias novelas épicas y ha escrito varios libros infantiles.

También ha trabajado como periodista, profesor universitario y director de un pequeño grupo de teatro. Una de sus grandes aficiones es visitar tiendas de antigüedades.

Con *Una librería con magia* realizó uno de sus grandes sueños: «escribir un libro sobre la magia y el poder de las historias».